

MOTÍN ELECTRÓNICO

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN ESPACIO

MOTIN ELECTRONICO

POR

LOUIS G. MILK



EDICIONES TORAY, S. A.

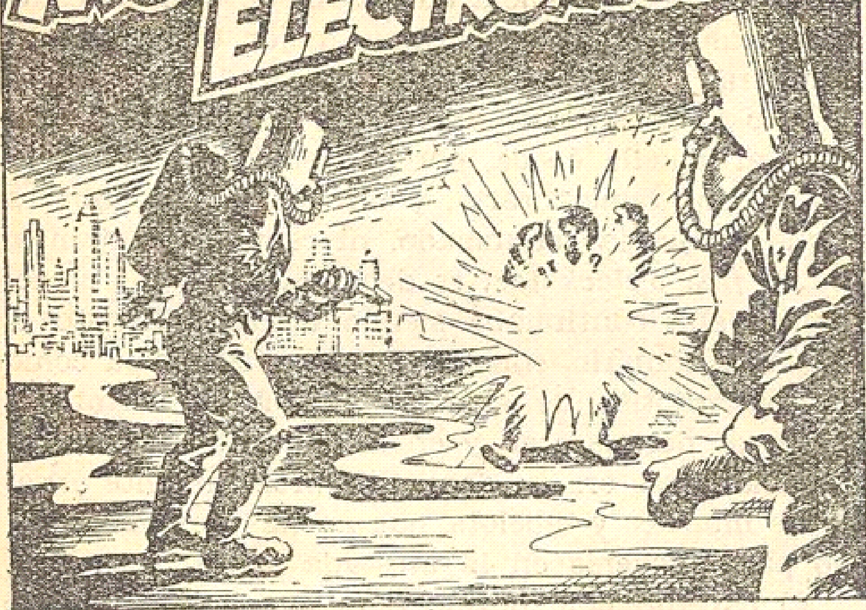
Teodoro Llórente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

IBERIA, Artes Gráficas — Puerto Principe, 24 — Barcelona


MOTIN ELECTRONICO

Capítulo I

A pesar de vivir en las postrimerías del siglo XXI, la señorita Mildred Harris estaba todavía apegada a las costumbres de la Inglaterra de la dorada época victoriana. Más aún, prácticamente vivía en ella, y aunque había tenido que transigir en muchas de las cosas buenas de la civilización, impuestas más por el sentido práctico y utilitario que por el modernismo en sí, su alma suspiraba por aquellos días, y ya que no los había vivido, por lo menos, en el interior de su casa, no parecían haber transcurrido dos siglos desde que a finales del siglo XIX la rubia Albión fuera dueña y señora del globo, bien por la fuerza de las armas, bien por la fuerza de la diplomacia que, a fin de cuentas estaba respaldada por las armas, mejor dicho por la Escuadra.

Pero si la señorita Harris no había conseguido vivir en aquella época, por lo menos hacía todo lo posible por rememorarla, y una de las costumbres a que no había renunciado, ni renunciaría jamás, era al «five o'clock tea» es decir, al té de las cinco, y para ella continuaba siendo un sagrado rito el hecho de tomarlo, considerándose a sí misma como una sacerdotisa de aquella religión que estaba a punto de desaparecer, y en la que uno de sus últimos baluartes era su domicilio, profusamente ornado de muebles y bibelots, que apenas dejaban espacio para moverse en la atestada salita.

El carillón del enorme reloj que había adosado a una de las paredes dejó oír las cinco y en aquel momento, una silenciosa figura entró, pareciendo como si se deslizase por el alfombrado suelo, pero en aquella ocasión, el sirviente no obró con la acostumbrada diligencia y una de las tazas de finísima porcelana de China, recuerdo de un capitán Harris que hizo de las suyas cuando la rebelión de los «boxers», se deslizó al suelo, en donde se fragmentó en innumerables trozos, con argentinos sonidos.

Aunque la pérdida era de inigualable importancia, por nada de este mundo hubiera consentido la señorita Harris en perder su aplomo y flema típicamente británicos. Con el mayor de los cuidados se quitó las gafas del caballete de la aguileña nariz—una de las cosas con que no había transigido nunca era con los vidrios de contacto para la corrección de la presbicia—y luego, con un pañuelito de encaje finamente bordado, recuerdo de una señora Harris, cuyo marido hizo frecuentemente la ruta de Filipinas a bordo de su «clipper», se enjugó una lágrima provocada por los frecuentes infortunios de Oliverio Twist, tras de cuyas operaciones se encaró con el hombre, que no había hecho nada por recoger los trozos de la destrozada taza:

—¿Qué pasa, Andrew? ¿Qué modales son ésos?

No contestó el otro, sino que, por toda contestación tomó la tetera y se la estampó en la cabeza a la atónita señorita Harris que, entre la sorpresay el dolor producido por el hirviente té, empezó a soltar unos alaridos muy poco acordes con su flemática condición.

—Ya estaba harto de tus exigencias, vieja bruja —murmuró el hombre y alargó sus manos abiertas, rumbo a la garganta de la mujer que, redobló sus gritos al percatarse de la amenazadora actitud del hasta entonces el más fiel de los servidores y, olvidando lo que hacían sufrir las quemaduras, se levantó, derribando a un tiempo la butaca y la mesita, sin importarle que el juego de té acabara de atomizarse contra el suelo, e intentó echar a correr.

Si la señorita Mildred Harris no hubiera sido tan apegada a sus tradiciones, hubiera usado otros ropajes menos embarazadores que aquellas largas faldas hacia las que le llevaba su actitud furibundamente pretérita y, aun a pesar de lo avanzado de su edad, hubiera quizá conseguido alcanzar la puerta de salida, pero tanto tejido la estorbaba para correr y fue fácil para el hombre, que cerró alrededor del cuello un dogal, que poco a poco fue estrechándose con férrea presión, cortando secamente los gritos de la solterona.

El rostro de Mildred fue amoratándose gradualmente. Abrió la boca espasmódicamente, en inútil búsqueda de un aire que no lograba conseguir que pasara a sus pulmones, y sus ojos fueron desorbitándose a medida que la asfixia se iba apoderando de su cuerpo. Se debatió, pero en vano y súbitamente, con un tremendo estallido en mitad de su cerebro, perdió definitivamente el conocimiento, minutos antes de que la vida huyera de su apergaminado ser; muriendo sin comprender por qué el inapreciable Andrew la asesinaba.

Mientras que esto ocurría, el cohete transoceánico había despegado de Croydon para su acostumbrado viaje diario a Nueva York, repleto de pasajeros, y si no duraba más de una hora la travesía, no era porque el aparato no pudiera hacerlo, sino por no hacer experimentar a sus pasajeros las molestias de una aceleración y deceleración demasiado próximas la una de la otra. El tiempo estaba totalmente cubierto de un espeso banco de nubes, de varios kilómetros de espesor y por eso el piloto llamó a la torre de control del aeropuerto de Idlewild.

—Piloto del X.F. 1.730 Z 9 llama a torre de mando —repitió la frase y guardó la respuesta.

—Torre de mando a piloto del X.F. 1.730 Z 9—le respondieron—: ¿Qué le ocurre, Martins?

—Hay mucha nebulosidad. Necesitaré sus indicaciones para tomar tierra felizmente.

—De acuerdo. Le guiaremos. Deme su rumbo y altitud.

—Altitud 70.000. Rumbo dos cero nueve cinco.

—Descienda 35.000 y esté a la escucha. Cambie el rumbo a dos cero ocho cinco.

—Entendido. Estaré a la escucha.

El cohete de pasajeros, afilada estructura metálica, impulsada por un chorro de verdosos gases, con apenas unas aletas en la parte posterior, para el planeo del mismo al hallarse en contacto con unas capas atmosféricas de superior densidad, inclinó el agudísimo morro hacia, abajo, picando a «Mach tres», abandonando aquella negrura que reinaba en aquellas latitudes, a pesar de ser de día claro, y se dirigió hacia la resplandeciente capa de nubes que se hallaba a cincuenta mil metros más abajo, cruzando el espacio como un plateado meteoro que descendiera de las infinitas lejanías del Universo.

A tan enorme velocidad, los treinta y cinco kilómetros fueron recorridos en poquísimos momentos y todavía perdió el cohete cinco kilómetros de altura, sin que ninguna indicación le llegara de la torre de control del aeropuerto, por lo que su piloto se decidió a llamar nuevamente:

—Piloto del X.F. 1.730 Z 9 llama a torre de mando. He perdido ya 40.000 de altura. ¿Qué os pasa que no contestáis?

—Nada. No hay nada de particular. Siga bajando y no desconecte. Nosotros le guiaremos. Reduzca velocidad a «Mach uno cinco» (1800 km. hora).

—De acuerdo —contestó el piloto del cohete, dando salida poco a poco a un chorro de gases dirigidos en sentido inverso a la marcha del aparato, con lo que éste empezó a perder velocidad gradual y casi insensiblemente, sumergiéndose segundos después en la espesa niebla, que rodeó al cohete con sus impalpables tentáculos.

—¿Qué dice el radar, Pete? —preguntó el piloto a su segundo.

Éste contestó, observando atentamente la verdosa pantalla:

—Nos estamos acercando al aeropuerto, Robbins. Yo que tú frenaría todavía más. Esa velocidad que llevamos es excesiva.

—Sí, pero la torre de control…

—¡Al diablo la torre de control! ¿Y mi pellejo?—gruñó el copiloto.

—No puedo desobedecer sus indicaciones, Pete. Me costaría un disgusto—y volvió a llamar de nuevo a la torre de control.

—Siga con ese rumbo y con esa velocidad. Nosotros continuaremos guiándole. Reduzca a «Mach uno» —ordenó el de abajo.

—Pero estoy demasiado cerca de la tierra —protestó Robbins—. Podemos estrellarnos.

—Haga caso de lo que le digo y no ponga objeciones ridículas —le contestaron—. ¿Cree que no sabemos lo que nos hacemos?

Atemorizado por el temor a una posible reprimenda, el piloto continuó guiando su aparato a ciegas, hendiendo la atmósfera como un bólido, pero de repente cargó el peso de su cuerpo sobre timones y aceleradores, al mismo tiempo que sonaba un aullido de espanto.

La visión fue fugacísima, de una centésima de segundo quizá, pero en la pantalla televisora se reflejó con toda claridad, el conjunto de edificaciones del aeródromo, aproximándose a una velocidad centellante, al salir del banco de nubes, que se hallaba a unos pocos cientos de metros sobre el suelo.

Ni el piloto ni su adjunto, ni siquiera los pasajeros, tuvieron tiempo de sentir en sus organismos los brutales efectos de tan bárbara maniobra doble: la de los timones de profundidad, tratando de sacar al cohete del picado casi vertical, y la de los chorros de freno, que redujeron la velocidad del aparato en unos cientos de kilómetros más a la hora. Nada de eso sintieron ni unos ni otros.

La catástrofe ocurrió tan rápida, tan fulminantemente que, antes de que nadie se diera cuenta, ya estaba el cohete rozando el suelo en horizontal, levantando nubes de polvo del cemento de la pista, desintegrado por el violentísimo frote hasta que, en una imprevista pirueta, se remontó unos cuantos metros, tropezando con otro aparato listo para despegar en su rampa de lanzamiento, y al que partió en dos, como si hubiera sido una simple astilla seca, causando una tremenda mortandad entre sus ocupantes.

A continuación de esto, el cohete desgobernado dio sobre sí mismo una acrobática voltereta, la cual, de por sí sola fue suficiente para causar la muerte a pasajeros y tripulación, arrancadas de sus asientos pese a las correas de sujeción, estrellando los ya insensibles cuerpos contra el techo de las cabinas. Y luego, aquella enloquecida masa que llevaba la muerte consigo por donde iba, se abatió pesadamente sobre uno de los edificios del campo, edificio que saltó como si en lugar de estar construido de vidrio y aleaciones superligeras de metal, lo hubiese estado de adobes de barro y paja, causando asimismo infinidad de muertos, tanto entre las personas que esperaban emprender viaje, como las que aguardaban la llegada de algún deudo o amigo. Luego reventó con horrísono estampido cuyos trágicos ecos pudieron escucharse desde gran distancia.

Aullaron las sirenas, llamando a los equipos de socorro cuya labor iba a ser apenas otra cosa que recoger cadáveres, y mientras que esto ocurría, en la «RefiningGlassKröehner& Co.», se estaban haciendo los últimos preparativos para verter una ingente cantidad de toneladas de vidrio fundido, con objeto de proceder a la construcción del mayor telescopio de todos los tiempos, y cuyo espejo parabólico reflector tendría un diámetro de veinte metros, con el que se esperaba explorar prácticamente todo el Universo.

El molde estaba ya preparado, y el ingeniero director, con una turba de obreros a su alrededor estaba dando los últimos toques. La estancia donde se iba a fabricar el espejo era una anchurosa sala, de paredes espesas, gruesas de más de tres metros, de un material especial aislante, construida especialmente para tal operación, y frutos uno y otra de largos y meditados cálculos.

Dentro de unos minutos, el inmenso horno en el que estaba la líquida masa fundida del vidrio, comenzaría a inclinarse y a verter lentamente su contenido, operación que duraría unas cuantas horas, antes de lo cual todo el mundo habría desalojado la sala, cuya temperatura, durante luengos meses, se iría haciendo disminuir muy lentamente, con objeto de evitar posibles resquebrajaduras en la masa vítrea y que podrían ocurrir fácilmente caso de un enfriamiento demasiado rápido.

Pero todavía faltaban unos minutos para la hora indicada y Parkinson Kayes, ingeniero en jefe de aquella operación, consultaba impaciente su cronómetro, antes de dar la señal de desalojar aquello y cerrar herméticamente las gruesas puertas que daban acceso a la sala, cuando de repente ocurrió lo inesperado.

Uno de los obreros estaba haciendo un comentario con un

compañero de trabajo, mostrándose satisfecho de que al fin la cosa que un día creyeron utópico sueño se estaba convirtiendo en venturosa realidad, y para dar más afirmación a sus palabras, se le ocurrió señalar con el índice el orificio por el que dentro de muy poco saldría la incandescente masa de vidrio en estado licuefacto.

Pero apenas lo había hecho, cuando se quedó rígido, envarado, incapaz de emitir otra cosa que un ronco aullido ininteligible.

¡El horno había comenzado a volcarse y el vidrio fundido se estaba derramando!

No caía aquella blanca, cegadora catarata despacio, en fino chorro, como estaba previsto, sino en un torrente incontenible, como si el enorme recipiente que contenía las toneladas y toneladas de vidrio hubiera sido volcado de un solo golpe, repentinamente, y la estancia comenzó a trepidar ante el influjo de aquel enorme peso que caía sobre el molde, a un par de metros sobre el suelo.

Al mismo tiempo, gotas enormes comenzaron a salpicar con sus ardientes quemaduras a todos cuantos se hallaban allí, que corrieron gritando aterrorizados, hacia el angosto túnel de salida que atravesaba los tres metros de espesor de la pared aislante, notando en sus espaldas la súbita y enorme elevación de la temperatura, pero en el mismo instante ocurrió algo espantoso.

Con un crujido terrorífico cedió el molde y la rugiente masa ígnea empezó a desparramarse por el suelo, en riada incontenible, dominando con su estruendo los empavorecidos gritos de los obreros y especialistas que se apelotonaban, pisoteándose unos a otros inmisericordiosamente, tratando de huir de aquella horrible muerte, haciendo saltar fragmentos del molde a gran altura, y luego las oleadas de fuego comenzaron a envolver a los infelices, cuyos gritos eran extinguidos instantáneamente cuando, en menos de un segundo, desaparecían en una fugaz llamarada, consumidos, abrasados vivos, los que no se habían ya desvanecido a causa del enorme calor que ya reinaba en la estancia.

El arroyo de vidrio fundido buscó una salida natural y, sobre las cenizas de aquellos desgraciados, alcanzando a los que habían tenido una breve suerte, la de conseguir escapar por el túnel, pero que a fin de cuentas no lograron evadirse a los llameantes abrazos, continuó fluyendo al exterior, devorando cuanto encontraba al paso y provocando una enorme psicosis de pánico colectivo en todo el personal de la factoría que, sin entretenerse siquiera en preguntar lo que ocurría, huyó despavorido de aquella nueva y terrorífica clase de

muerte.

En unos momentos, pues, quedo deshecha la ingente obra de varios años, sin contar con las elevadísimas pérdidas en metálico, mas no solamente ocurrían catástrofes en el mismo día y a parecida o aproximada hora, en la «RefiningGlassKrochner& Co», sino también en distintos puntos del globo, como por ejemplo en uno de los cruces de mayor tránsito, en la intersección de la 5ª Avenida con la calle 42 en Nueva York.

Había varias clases de caminos para los vehículos. Uno de ellos era para los que tenían contacto directo con el suelo, de velocidad inferior a cincuenta kilómetros a la hora. Otros, para los aparatos que habían substituido a los helicópteros, en dos o tres estratos distintos y de variada altura, según la velocidad, todos ellos regulados por alguien encargado de la señalización luminosa que regulaba los cruces tanto de vehículos como de peatones, marchando la inmensa mayoría de éstos por trozos deslizantes de acera, de las que había unas a quince y otras a treinta kilómetros horarios.

Algo ocurrió de repente en los semáforos, porque parecieron volverse locos. Era lógico que el automóvil o el helicóptero que ascendía por la 5ª Avenida se detuviera si veía en el cuadrante de su tablero de mandos reflejarse la luz roja, emitida por una minúscula onda de radio, especial únicamente para tráfico, pero si le aparecía la luz verde, continuaba su camino sin detenerse. Y un desastre sin precedentes en la historia de la circulación neoyorquina ocurrió cuando en todos los vehículos apareció repentinamente la luz verde.

Cientos y cientos de coches y aparatos voladores de distintos tipos se precipitaron unos contra otros, estallando simultáneamente numerosos incendios y explosiones, al mismo tiempo que los que volaban se veían, tras la fuerte colisión que los destrozaba sin remedio, matando o hiriendo a sus tripulantes, arrojadas contra el suelo, aumentando así con esto, al caer encima de los otros en informe y confuso revoltijo de metales destrozados y cuerpos desgarrados, la mortandad, que alcanzó límites insospechados, cuando las aceras deslizantes aumentaron enormemente su velocidad, arrastrando a cuantos se encontraban subidos a ellas, deteniéndose luego bruscamente y precipitando a los viajantes unos contra otros.

Una oleada de histeria estalló en todo el globo cuando empezaron a conocerse los detalles de las numerosas catástrofes del día precedente y que continuaron en los venideros. Robos sin cuento, incendios de extensísimas zonas boscosas, asesinatos sin límite, accidentes de fatales consecuencias a los aparatos de transporte, todo

ello pareció sumir a los habitantes de la Tierra en una especie de miedo y terror colectivos como jamás se había conocido en la historia de la Humanidad.

Para tratar de remediarlo, cuando una semana después continuaban ocurriendo sucesos de análogo género, se reunieron varias personalidades.

Capítulo II

RilkeGoodwin era uno de los más prometedores pilotos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, y tanto era así que todavía no había cumplido los veintiocho años cuando ya tenía el mando de una escuadrilla de aparatos reactores, propulsados por motor nuclear. Y porque mandaba la escuadrilla 152, del Grupo VII de Defensa Estratosférica, andaba en aquellos momentos volando a veinticinco mil metros de altura en su «Superjet», capaz de alcanzar velocidades del orden de los diez mil kilómetros a la hora, a poco que se empujase hacia adelante la palanca de gases.

Era un vuelo rutinario, un vuelo como habían hecho otras tantas veces el que estaba efectuando Goodwin con su piloto, y a aquella altura la luminosidad de la atmósfera comenzaba a desaparecer para dejar paso a la obscuridad, preludio de la eterna noche que reinaba un par de cientos de kilómetros más arriba,

Rilke piloteaba su aparato canturreando indiferentemente. Harto acostumbrado se hallaba ya a aquellos plácidos vuelos, en los que, aparte de los despegues y los aterrizajes, los únicos incidentes dignos de notarse eran los momentos en los que el avión llegaba a en otro tiempo temido muro del sonido, durante los cuales la máquina trepidaba, gemía y parecía sollozar como si se tratara de un ser humano, sometido a un innecesario esfuerzo; mas pasados estos instantes, todo se volvía placidez, tranquilidad, paz infinita, rodeado el hombre que volaba de un silencio absoluto, por ningún ruido turbado.

Con una mano en la palanca del timón de profundidad y la otra en la de gases, Rilke contemplaba distraídamente el espectáculo que ofrecía la Tierra vista desde abajo, no siempre con mucha claridad a causa de las nubes que en ocasiones estorbaban la visibilidad; pero cuando menos lo esperaba, al echar una indiferente mirada hacia arriba, advirtió algo que le hizo botar en su asiento.

Contra la negra pizarra del cielo, una raya verde estaba siendo trazada. Rilke pensó al instante que aquello era la estela de algún aparato de los suyos, mas en el mismo momento desechó tal idea. De haber dejado alguna señal de su paso, el «Superjet» la hubiera dejado de tono rojizo, mas nunca de aquel color que parecía el de una esmeralda disuelta en agua. Y acto seguido, lanzando una imprecación ahogadamente, consultó la pantalla circular de su radar, volviendo a renegar cuando se dio cuenta de que aquel misterioso aparato no era

de ninguna clase de las que él conocía.

No lo dudó un momento más. Conectando su transmisor llamó:

—Comandante escuadrilla a pilotos. Aparato enemigo no identificado a distancia doce doce. Rumbo tres dos seis. Velocidad cuarenta y dos. Persíganlo y procuren rodearle, en tanto yo intento hacerle se identifique. Contesten.

Uno tras otro, todos los pilotos dieron el enterado, y satisfecho de sus hombres, Rilke comprobando por las rayas que se veían en el verdoso círculo del radar que todos sus aparatos obedecían las instrucciones con verdadera disciplina, movió ligeramente los timones, enderezando el rumbo de su aparato y lanzándolo en persecución del desconocido, para lo cual aumentó su velocidad, empujando a fondo la palanca de gases.

Como un corcel dócil a la espuela de su jinete, así obedeció el «Superjet» al mando de su piloto. Convertido en una llama plateada, como si fuera una saeta disparada por gigante arco, así atravesó el aire el aparato, colocándose en la estela del otro que, a juzgar por sus esfuerzos, debió darse cuenta de que era perseguido, porque aumentó su velocidad, pero navegando en grandísimos zigzags de varios kilómetros de radio en cada una de las curvas. Rilke tomó nuevamente el micrófono y llamó:

—¡Atención, atención! Aparato desconocido, sírvase dar la señal internacional de identificación. Número nacional y universal, así como nombre de piloto y copiloto y motivos de su viaje. Repito…

El silencio fue la única contestación que recibió Rilke, en tanto que el avión devoraba las distancias vertiginosamente. Pero si no lograba dar alcance al desconocido, tampoco se había despegado de él, lo cual no era ciertamente desconsolador.

Volvió a llamar, por segunda vez, y obteniendoidéntica respuesta que la primera, insistió nuevamente:

—Identifíquese o le abatiremos, s...

Iba a decirle que no le lanzaría más intimaciones, sino que su próxima advertencia sería el disparo de un cohete «Iryum», de cabeza electrónica y carga nuclear, de reducido tamaño, pero de devastadores efectos. No tuvo tiempo, sin embargo, porque inmediatamente advirtió algo raro en su pantalla, algo que le dijo que el piloto del otro aparato se le había anticipado y le enviaba un mensaje de muerte.

Rilke no perdió un segundo. Díjose a si mismo que era inútil esquivar aquel proyectil que le llegaba encarado directamente. Por muchos esfuerzos que hiciera, acabaría por ser alcanzado inexorablemente y destruido en mil pedazos, por lo que obró de la única forma en que podía hacerlo. Oprimiendo él, a su vez, el disparador de un «Iryum» que, despidiendo un tenue chorro de humo y gases, se perdió en una centésima de segundo en la distancia, sin que Rilke pudiera verlo siquiera, pero siguiendo su trayectoria en la pantalla.

Los dos proyectiles se encaminaron el uno hacia el otro, reflejándose sus respectivos caminos en el verdoso círculo, en el que dejaban unas irregulares manchas, y Rilke contempló fascinado, cómo los dos trazos fueron acortando la distancia que les separaba.

Un segundo antes de que estallaran, Rilke levantó su vista, fijándose a lo lejos y en el mismo instante una bola de fuego apareció en el horizonte, soltando rayos multicolores de su seno, en tanto que Rilke echaba levemente hacia adelante la palanca del timón de profundidad, con lo que el morro del aparato se inclinó, tomando una dirección extremadamente oblicua con la horizontal.

Un trueno lejano le llegó de la parte de arriba. Era tal la velocidad desplegada por el «Superjet», que en una pequeñísima fracción de tiempo se había colocado por debajo del lugar donde se cruzaran las trayectorias de los dos cohetes, y apenas había ocurrido esto, cuando Rilke, sin esperar a más, disparó otro «Iryum».

Esta vez el proyectil salió del ala izquierda, zigzagueando un tanto antes de hallar la línea recta que le encaminaba en derechura hacia el desconocido aparato que, para defenderse, apeló a la misma treta que había usado el comandante Goodwin, soltando otro cohete que se estrelló al contactar con el anterior.

Rilke juró al comprender la situación de tablas en que se encontraba con su enemigo. En tanto que ambos tuvieran municiones, lo único que conseguirían era disparar proyectiles para producir hermosas, pero ineficaces explosiones, atómicas, por lo que decidido, cogió en su puño la palanca de la velocidad de reserva, que únicamente debía usarse en casos muy extremos, y la llevó a fondo.

El comandante Goodwin consideró que había llegado el momento de usar la susodicha velocidad y contuvo el aliento cuando literalmente el aparato saltó hacia adelante, barriendo los cielos a más de 15.000 kilómetros a la hora, lo que notó el piloto adversario que, impotente para superar aquella marcha, se desgañitó soltando cohete

tras cohete, los cuales fueron neutralizados fácilmente por su oponente.

Siguiendo las indicaciones radáricas, el «Superjet», hábilmente conducido, cayó sobre el aparato desconocido, aproximándose a él con meteórica velocidad, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, Rilke conectó la pantalla de televisión, manejando el botón de aproximación, pero apenas lo había hecho, cuando se quedó atónito, sin respiración.

No era un aparato corriente al que había dado alcance, sino un aparato de una rarísima forma, literalmente un tubo volador, con cuatro propulsores en forma de cruz, sostenidos por unas aerodinámicas y delgadas viguetas saliendo en aspa del fuselaje y que despedían aquellas extrañas estelas verdes que, en la distancia y por visión ordinaria, se confundían en una sola.

Rilke no lo dudó un solo momento. Tomó el micrófono llamando:

—Comandante a pilotos. Estoy a la vista del aparato desconocido. Utilicen reserva de velocidad y diríjanse inmediatamente hacia aquí.

Le contestaron inmediatamente y, considerando que la cosa era harto interesante, Rilke volvió a llamar al extraño artefacto.

—Deténgase y aterrice inmediatamente. De lo contrario lo destruiré sin más aviso.

No esperaba ninguna respuesta y no le extrañó el no recibirla. Advirtió que todos sus aparatos estaban ya encima rodeando por todas partes al desconocido, pero en aquel instante ocurrió algo extraordinario.

¡Los «Superjets» comentaban a fundirse en el aire como si fueran simples copos de nieve, en lugar de sólidas masas metálicas!

Rilke no lo dudó un solo momento, no aguardó a ver el trágico final de sus amigos y compañeros, los informes restos de cuyos aparatos, caían ya hacía miles de metros más abajo, y buscando un mando, a tientas, sin quitar la mirada de aquel aparato que ya veía sin auxilio de ningún artefacto auxiliar, con la larga práctica adquirida en innumerables horas de vuelo, con lo que dos cañones, uno a cada lado del fuselaje, hicieron su inmediata aparición.

El botón que había hecho girar Rilke tenía otro más pequeño encima, acoplado, de color rojo, y el índice del aviador lo oprimió firmemente, sin la menor vacilación.

De las bocas de las dos armas salieron dos esferillas diminutas que se perdieron instantáneamente a lo lejos, dejando tras de sí una pequeña estela de chispas que se desvaneció al momento. El aparato enemigo se dio cuenta de la maniobra y pasó al contraataque.

Una ola de intenso calor envolvió a Rilke, quien en un segundo se encontró bañado en sudor, que fue absorbido rápidamente por la ropa de espuma de plástico que como una segunda piel llevaba puesta directamente encima de ésta, y no lo fue tanto por calor, como por el hecho de que las dos granadas reventaran antes de llegar a su destino, en dos chispazos fantásticos, sin ruido alguno, pero que, con gran alegría por parte del piloto, hicieron vacilar y tambalearse a aquel extraño aparato.

Rilke no desaprovechó la ocasión que se le presentaba. Comprendió intuitivamente que las dos bombas térmico nucleares habían deshecho, tanto la defensa del aparato adversario, como aquella misteriosa arma calórica que había empleado con tanto éxito contra los de sus compañeros, pero no perdió mucho tiempo en conjeturas. Apretando el mecanismo correspondiente, dos «Iryum» salieron velocísimos, fulminantes, al encuentro del otro avión, alcanzándolo y deshaciéndolo en una serie de deslumbrantes al par que aterradoras, por su apocalíptico aspecto, llamaradas, en tanto que el vencedor iniciaba una suave curva, de grandísimo radio, que lo sacara de aquel lugar peligroso.

No pudo evitar que la onda del aire conmovido violentamente por la fragorosa explosión lo alcanzara y zarandeara, bien que, con la espantosa velocidad que llevaba, en un segundo recorriera cuatro kilómetros, y en el segundo subsiguiente otros cuatro, distancia que sumada a la que ya le separaba del núcleo de la explosión, era más que suficiente para considerarse a salvo de todo peligro.

En el amplio salpicadero de la cabina, atestado de instrumentos, cuya sola contemplación era una verdadera tortura, cuanto más su manejo, había un pequeño cuadrado que se iluminó cuando Rilkeoprimió un interruptor. Instantáneamente apareció en él un mapa y una rotunda exclamación se oyó en aquel pequeño espacio.

Absorto en la persecución del misterioso aparato, Rilke no se había dado cuenta de que no solamente había atravesado los Estados Unidos, de punta a punta, del Golfo de Méjico, a la frontera canadiense, sino que, rebasada ésta, andaba muy cerca de las proximidades del círculo polar, y viendo esto, al mismo tiempo que desconectaba la velocidad de urgencia, dejándola reducida a una de crucero de ocho mil kilómetros horarios, dio media vuelta

encaminándose a la base, llamando por radio mientras tanto y dando informe reglamentario de lo ocurrido.

Atravesó el Canadá y los Estados del Norte, como una bala, pero cuando se hallaba a la mitad de Kansas, algo vibró en sus oídos:

—Conecte radiógrafo. Mensaje cifrado por código nueve dos doble uve.

Frunció Rilkeel entrecejo. ¿Por qué diablos le hacían usar el radiógrafo en pleno vuelo? Era un aparato que solamente se usaba en los casos de…

El pensamiento que le cruzó veloz por su mente, como una luz destellante, le hizo ahogar una exclamación. ¡Santo Dios! ¿Sería posible que hubiera estallado una guerra? De ser así, aquello era el fin seguro de la humanidad. La atmósfera quedaría impregnada de tal forma con la radiactividad que habría muy pocos lugares del globo que quedasen libres de tal amenaza, no por invisible menos mortífera. Pero dejó esto a un lado y obedeció la orden dada, mirando atentamente la serie de cifras y números que iban apareciendo en el vidrio deslustrado que se había iluminado al conectar para recibir el mensaje.

No necesitó gran cosa para descifrarlo. La clave indicada era una de las más sencillas, pero complicados los mensajes cuando se ignoraba el modo de solucionar el criptograma, y Rilke fue leyendo a medida que los grupos de números y letras iban alternándose en la diminuta pantallita apaisada:

—*V.A.R.I.E. R.U.M.B.O. P.R.E.S.E.N.T.E.S.E. I.N.M.E.D.I.A.T.A.M.E.N.T.E.E.N.W.A.S.H.I.N.G.T.O.N…*

—Enterado —dijo Rilke, virando suavemente hacia el este tomando el rumbo indicado obedientemente, aunque sin comprender nada de lo que ocurría.

Los minutos fueron transcurriendo rápidamente, al compás de la marcha del «Superjet», que devoraba ambas entidades, tiempo y espacio conjuntamente en cantidades exorbitantes, y al fin, cuando en el mapa le apareció el punto que era la capital de la nación, echó hacia adelante el morro de su aparato, descendiendo unos cuantos millares de metros, hasta atravesar una capa de nubes que en aquellos momentos cubría Washington, mas apenas había salido a cielo limpio cuando dos aparatos idénticos al suyo se le colocaron a los costados.

Rilke se extrañó de la maniobra, pero más raras le sonaron

todavía las palabras que oyó a través de los auriculares:

—El Comandante RilkeGoodwin?

—Sí, soy yo, pero...¿qué ocurre?

—Limítese a contestar y no haga preguntas —fue la seca e imperativa respuesta que recibió.

—Está bien. —Soltó un segundo los mandos e hizo con las manos un gesto altamente expresivo, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—Disparen ya.

—Denos su número de alistamiento.

—F.D. 788.001. ¿Está bien?

Le pareció como si su invisible interlocutor consultara algo, y al fin le llegaron sus palabras:

—O.K. Aterrice y no hable si no es preguntado.

—Muy bien. Tomo nota de ello. Acabo de perder la lengua —contestó Rilke, con harta causticidad en su tono y en sus frases.

Reduciendo gases perdió velocidad, hasta que sintió que el aparato trepidaba al pasar por el muro sónico. De suave, como sobre un lecho de plumas, el vuelo se hizo un tanto más alborotado y, sobre el zumbido del motor, apagado a causa del aislamiento de la cabina, percibió el sonido del aire silbando al pasar por el fuselaje y las breves aletas de gobierno. La blanca telaraña de las cementadas pistas se le apareció, aumentando de tamaño en tanto que perdía altura, y de una de ellas salió una serie de breves fogonazos, indicándole que era en la que debía tomar tierra, para lo cual hizo las necesarias maniobras, enfilando la lisa superficie que se le acercó rápidamente.

Sacó el tren de aterrizaje e inmediatamente casi advirtió el contacto de las ruedas con el suelo. Notó cómo el aparato iba perdiendo marcha y no tardómucho en verse echado hacia adelante con violencia, cuando una goma transversal detuvo la marcha del «Superjet» casi en seco, pero las correas de sujeción respondieron bien.

Un par de coches corrieron hacia él. Divisó en uno de ellos la figura de un hombre, con un aparato portátil de radio, y percibió, al mismo tiempo que el sonido, el movimiento de los labios que le dijeron:

—No se detenga. Síganos hasta que le indiquemos el momento de hacer alto.

—Está bien —y se aplicó a hacer carretear el aparato, detrás del «jeep», cuya forma tradicional apenas había cambiado con el transcurso de los años y que, precediéndole a marcha lenta, caminó hasta que le dijeron:

—Perfectamente. Pliegue las alas y pare los motores.

Obedeció Rilke y apenas lo había hecho cuando de repente sintió ascender el suelo hacía él. Pronto comprendió lo que ocurría.

No era el suelo el que subía, ni él, con su aparato, quien bajaba. Tan hábilmente disimulado en la pista estaba el ascensor que no se había dado cuenta de ello y, mirando hacia arriba vio cerrarse sobre sí las dos mitades que se habían descorrido a un lado para dejarle paso. Y creyendo que ya podía hacerlo, movió el mecanismo que abría la cúpula transparente.

Todavía no habían concluido las sorpresas para Rilke. Una pareja de individuos armados se colocó a cada lado del fuselaje, encañonándole con susarmas, de un modo que no dejaba lugar a dudas, en tanto que un quinto personaje, con el brazal de la Policía Militar, se encaraba con él, sin separar la mano del cinturón armado:

—¿Comandante Goodwin, Rilke?

El traje de vuelo no dejaba lugar para mucha agilidad de movimientos, por lo que Rilke tardó algo en hallarse al nivel del suelo y del oficial que le había hablado, y cuando estuvo en condiciones de ello gruñó:

—Sí, yo soy RilkeGoodwin. ¿Es que no me he identificado antes?

—Su documentación —pidió el oficial de Seguridad secamente, sin hacer caso de sus protestas.

Rilke se la tendió y, sacando un cigarrillo, lo encendió, aspirando el humo con verdadero placer, contemplando el inacabable túnel, iluminado brillantemente, con dos vías por las que incesantemente circulaban vagonetas repletas de hombres y pertrechos. Tomó su tarjeta, que el otro examinó con cuidadoso detenimiento y, sin más, oyó cómo le decían:

—Síganos.

Tenían una vagoneta al lado, en la cual montaron todos. Rilke

tuvo en la punta de la lengua una pregunta, pero se calló recordando las órdenes recibidas y continuó fumando impasiblemente en tanto que el vehículo recorría velozmente el larguísimo túnel, en el cual y de trozo en trozo se veían, con muchísima frecuencia, aparatos similares al suyo.

Cosa rara, En todos ellos, a su pie, estaba el piloto. En pie de guerra, listo para partir en cualquier instante, con el personal de tierra a su lado.

Casi estuvo a punto de caerse cuando el cochecillo se detuvo bruscamente.

—Baje —le ordenaron, y obedeció con un nuevo encogimiento de hombros.

Se abrió la puerta de una habitación y, mientras que los cuatro soldados armados se quedaban custodiando la puerta, el oficial de la Policía Militar entré con él. Rilke vio a un hombre de mediana edad, algo canoso, sentado detrás de una mesa, quien se limitó a inquirir:

—¿Comandante Goodwin?

—Sí, señor —contestó el otro, anticipándose al exabrupto que Rilke había tenido en la punta de la lengua. A este paso le iban a hacer dudar a él mismo de su propia identidad, se dijo.

—Tómele las huellas —murmuró el hombre sentado.

—Por favor —ya Rilke no le quedó otro remedio que acceder. Mojó las yemas de sus dedos en la plancheta entintada y luego las estampó en la blanca cartulina, que tomo inmediatamente el que parecía ser el jefe de aquello, lo cual supuso Rilke, porque no se le veía ninguna clase de insignia en la impersonal camisa de uniforme.

Tenía una lupa y con ello comparó otras huellas que tenía al alcance de la mano. Tardó unos minutos en cerciorarse de la personalidad del piloto que tenía enfrente y suspiró satisfecho cuando dejó el cristal de aumento a un lado.

—Ciertamente es usted el comandante Goodwin. Uno de nuestros mejores hombres, si no mienten nuestros informes.

—Gracias, señor. Pero, ¿podría explicarme que es lo que ocurre?

—Algo grave, comandante. Algo de que usted no tiene ni siquiera la menor idea.

—¿Guerra?

—Quizás. Aunque… —El otro parecía meditar sus respuestas—, aunque la guerra sería una cosa suave con lo que nos amenaza.

Rilke abrió los ojos desmesuradamente,

—¡Cielos! ¿No dirá usted eso en serio, señor?

—No hay cosa que más me agradaría que el poder bromear en estos momentos, comandante, ¿Es que no se ha dado usted cuenta del enemigo con quien ha tenido que pelear?

—Sí, pero…

—No discutamos ya, Goodwin. Quítese esa ropa de vuelo. Aquí le facilitarán otra corriente. Tiene usted que hacer su informe personal ante… Bueno, ya lo sabrá. ¡Ah! le ruego nos perdone la desconfianza. No nos eche la culpa a nosotros.

—Lo comprendo señor,

Pero el otro no pareció darse cuenta de la indirecta y se sumió en el estudio de una serie de papelotes que tenía encima de la mesa.

A Rilke le fue facilitado un uniforme completo de paseo, con el que substituir al suyo, que se había quedado en su base de Tejas, y apenas se hubo transformado en un personaje de novela de aventurasen un hombre normal, embarcó en un «jeep» al lado del oficial de Seguridad, que continuaba mudo, partiendo inmediatamente el vehículo con dirección desconocida.

Capítulo III

Myra se encontraba en su habitación jugueteando con «Dec», su perro favorito. Cualquiera que hubiera podido ver a la joven se hubiera quedado instantáneamente sin respiración al ver la perfección de sus rasgos fisionómicos y la pureza de líneas de su cuerpo, tocado con una especie de blusa algo ajustada, de un brillante tejido de color amarillo, en el centro de la cual había unos extraños signos en negro y rojo, blusa que continuaba en una faldita corta, que apenas llegaba a las rodillas, desnudas, como el resto de la pierna que concluía en un breve piececito calzado con liviana sandalia de la misma materia, sujeta con un refulgente broche.

Los negrísimos cabellos, no excesivamente largos, se agitaron graciosamente cuando su dueña rio complacida por una pirueta de «Dec» más saltarina que de costumbre, mas apenas había hecho esto cuando su rostro abandonó su risueña expresión para fruncirse el encantador ceño en un mueca de disgusto.

Sin pedir permiso, con la confianza del que todo lo puede por estar cerca de quien es su dueño yseñor, un hombre acababa de penetrar en la amplia y, aunque muy sencilla, lujosa estancia.

Myra clavó la negra noche de sus ojos en el hombre que avanzaba pausadamente hacia ella y contempló su elevada estatura, su frente despejada, ojos que denotaban una extremada inteligencia, nariz levemente aguileña y labios finos, todo ello en un cuerpo de mediana edad, recto todavía como en los años juveniles, y vestido de una manera análoga a la de ella, bien que los raros signos estampados en el pecho del vestido fueran más sencillos y en negro únicamente, como así el tejido del mismo era de un material menos brillante.

—¿Qué ocurre, Falmorr?

Antes de contestar, el hombre así llamado hizo una profunda inclinación delante de la joven, inclinación exenta totalmente de servilismo, mirándola a continuación fijamente.

—Mi señora, tus deseos se están cumpliendo. En ese planeta han comenzado nuestros agentes a obrar, de acuerdo con el plan que se previó hasta en los menores detalles.

Un relámpago de triunfo, acompañado de una satisfecha sonrisa, iluminó el hermosísimo rostro, cuyos rojos labios se entreabrieron para decir:

—¡Al fin! ¡Al fin ha llegado nuestra hora, Falmorr!

Volvió éste nuevamente a inclinarse, también sonriente:

—Cierto, mi señora. Al fin podréis hacer algo en vuestro reinado capaz de obscurecer las inigualableshazañas de vuestro padre. Un lejano, distante planeta habitado por miles de millones de seres está a punto de caer como fruta madura en el hueco de vuestra linda mano.

—Gracias, Falmorr —la mano de Myra acariciaba distraídamente la cabezota de «Dec», y luego chispearon sus ojos una vez más—. ¿Cuáles son las noticias?

—Catástrofes sin cuento se están sucediendo en ese planeta, mi señora. Nuestros enviados empezaron a obrar en el momento en que se les dio la orden, con una astucia y un orden inigualables, provocando por contra, un desorden espantoso. Los habitantes de dicho planeta están atónitos, estupefactos, y no saben a qué atribuir la rebelión de los que hasta ahora habían sido sus más fíeles servidores.

—¡Magnífico! —exclamó entusiasmada la muchacha, cuyos ojos llameaban de excitación a medida que su oponente iba hablando—. ¡Magnífico! —repitió—. Y ¿cuándo crees que podremos lanzar el ataque definitivo, Falmorr?

Este pareció considerar la pregunta y apoyó su mentón en la mano, entrecerrando los ojos, para replicar momentos después:

—Creo —dijo—que deberíamos darles ocasión a que ocasionaran unos cuantos destrozos más. Un par de espacios de tiempo de lo que allí llaman semanas. De esta forma, todos sus medios de transporte, comunicación, abastecimientos, sanidad, y demás, estarían totalmente sumidos en el caos más espantoso apenas podrían ofrecernos resistencia, por otra parteineficaz en absoluto, dadas las enormes diferencias que hay entre sus armas y las nuestras.

—Muy bien. Es una acertada idea, Falmorr. Me gustaría ver algo de lo que ocurre allí.

El hombre se echó a un lado, inclinándose una vez más.

—Si me hacéis la merced de seguirme, mi señora...

Echó ella a andar, seguida de su inseparable «Dec», caminando grácilmente y pasando por delante del hombre, que continuaba en su respetuosa postura, por lo que Myra no pudo apreciar la ardiente mirada que ledirigió, plena de deseo, y que hizo destellar los ojos de Falmorr durante una décima de segundo para volver a su habitual

actitud.

Torciendo a la derecha, Myra recorrió un largo y amplio pasillo brillantemente iluminado, en el que, en ambos lados y de trecho en trecho veíanse inmóviles estatuas, de cuya rigidez salían al pasar por delante de ellas la mujer, llevándose la mano derecha al corazón. Todos los soldados iban vestidos de rojo, con un traje de una pieza, con el anagrama que llevaba la mujer también, pero de tamaño más reducido y asimismo era negro el cinturón del cual pendía su arma.

Poco tiempo les llevó el alcanzar una habitación de gran tamaño, en la cual había una serie de hombres, todos de edad madura, algunos de ellos francamente ancianos; pero, cosa sorprendente, con un aspecto físico envidiable, y que se pusieron respetuosamente en pie al entrar la mujer, seguida de Falmorr y del inseparable «Dec», correspondiendo ella con leves movimientos de cabeza a los rendidos saludos.

—Sentaos, mi señora —murmuró Falmorr, y ella obedeció, echándose el perro a sus pies, apenas había ocurrido lo cual, cuando la iluminación de la sala se desvaneció, quedando el ambiente sumido en una suave penumbra.

—Podéis empezar, Drnö —ordenó Falmorr.

Un enorme rectángulo de vidrio, de unos cuantos metros de lado, se iluminó vívidamente, al mismo tiempo que unas bandas multicolores, anchísimas, lo recorrían de lado a lado. Las rayas fueron haciéndose más y más finas, hasta desaparecer por completo quedando la pantalla totalmente blanca durante un segundo hasta que una escena apareció en ella.

Era una colosal hendedura en la tierra. Una herida de más de dos mil metros de profundidad, de abruptas paredes casi verticales, por cuyo fondo corría un río de espumeantes y amarillentas aguas, cuyo tronar llegaba distintamente a los oídos de quienes presenciaban la escena. Pero no era esta maravilla geológica la que les impresionaba, sino otra maravilla, construida ésta por la mano del hombre y que salvaba de un ágil salto aquel al parecer infranqueable abismo.

Todavía había románticos en la Tierra que preferían el encanto de un viaje en ferrocarril, aunque éste fuera monorriel, a los fulminantes desplazamientos en aviones corrientes. Para los enamorados del paisaje que se divisaba por las ventanillas y que todavía eran muchos, así como para el transporte de pesadas mercancías para las cuales la utilización de la aviación no era rentable, puesto que generalmente

eran cosas que no importaba se recibieran un día o dos después, todavía existían los transportes a ras de tierra, y el monorraíl «México Gulf&Pacific Ltd.» era una explotación que todavía proporcionaba considerables rendimientos a sus accionistas.

A pesar de que podía alcanzar exorbitantes velocidades, nunca lo hacía a más de ciento cincuenta kilómetros a la hora, velocidad que, en ocasiones, todavía era reducida más con objeto de que los pasajeros pudieran admirar loa maravillosos panoramas que se encontraban en su trayecto, uno de los cuales era el Gran Cañón del Colorado, y durante cuya travesía la marcha del monorriel se reducía a límites verdaderamente risibles.

Pero las sonrisas de complacencia, las agradables conversaciones de los viajeros que se asomaban en bandadas a las ventanillas para contemplar el maravilloso espectáculo del rugiente río, allá abajo a dos kilómetros de profundidad, espectáculo del que se podía disfrutar plenamente, ya que el tren se detenía en el centro del inacabable puente unos cuantos minutos para que los pasajeros disfrutasen a sus anchas de la espléndida visión, fueron cortadas súbitamente cuando una blanca humareda se elevó hacia el centro del mecánico ingenio, y una sorda detonación extendió sus trágicos ecos desde la locomotora al furgón de cola.

Todavía vibraba el aire con las espesas notas dela explosión, cuando un siniestro crujido dominó todo, al mismo tiempo que el puente comenzaba a combarse hacia abajo.

El maquinista se dio cuenta de la espantosa catástrofe que se avecinaba y dio toda la marcha, en un violentísimo tirón que, sacudiendo el tren espantosamente, derribó hacia atrás a los ya aterrorizados viajeros, cuyos gritos de pavor atronaban el aire, pero no logró nada práctico, porque en aquel instante cedió el puente en su totalidad, partido por gala en dos, y treinta coches repletos de personas se precipitaron hacia el rojo abismo del Gran Cañón, cuyas fauces les aguardaban allá abajo, a dos mil metros de distancia.

El estruendo del tren al chocar contra el fondo de la colosal hendidura, levantando nubes de polvo, procedentes de las rocas fragmentadas, y montañas de espuma de las frías aguas del Colorado, quedó instantáneamente apagado por la horrísona explosión que sucedió al reventar el motor nuclear de la máquina y que concluyo de atomizar los ya de por sí destrozados coches, en tanto que un enorme hongo se elevaba en aquel lugar de Apocalipsis, en el que más de ochocientas personas, en una catástrofe sin precedentes, acababan de desaparecer, y a continuación, la radiactiva nube en fulminante

ascensión, rebasó el nivel de la meseta en poquísimos segundos, continuando su rapidísima elevación que anunció a los habitantes de las localidades cercanas la tragedia que acababa de desarrollarse allí.

Myra parpadeó cuando se apagó la luz de la pantalla y se encendió la de la habitación, pero sonrió satisfecha después, mirando a Falmorr.

—Quienquiera que haya sido el que ha provocado esa catástrofe, merece una buena recompensa —dijo.

—Cierto, mi señora… —y Falmorr iba a seguir hablando, pero alguien le interrumpió, poniéndose en pie, de espaldas a la pantalla y mirando a la mujer sin pestañear.

—Myra, fui un íntimo amigo de tu padre. Juntos combatimos, y en más de una ocasión codo con codo, salvándonos muchas veces el uno al otro —dijo el que se había puesto en pie hombre de edad ya avanzada, pero no obstante todavía en la plenitud de su vigor.

La mujer dio un golpecito con el pie en el suelo, impaciente. 1

—Ya sé lo que me vas a decir, Iddah. Que tú y mi padre conquistasteis todos los planetas de esta Galaxia y que ahora reconocen nuestro poder, pagándonos los correspondientes tributos.

—Muy cierto —respondió el otro—.Pero ¿sabes acaso por qué los conquistamos, por qué hicimos que sus habitantes fueran vasallos, primero del gran Mahha, tu padre, y luego tuyos? Porque esos seres eran y continúan siendo de inferior civilización a la nuestra, y su derrota, comparadas sus armas con las nuestras, fue relativamente fácil. Sin embargo, ¿puedes decirme si estás segura de reducir a la esclavitud a los de ese planeta llamado Tierra?

—¿Y por qué no? —contestó ella altiva y orgullosamente—. El plan de Boklos fue perfecto. Luengos años ha costado perfeccionarlo, pero se está desarrollando tal y como fue previsto. Hemos esperado mucho, pero como Falmorr ha dicho acertadamente, esa fruta está a punto de caer por sí sola,

Iddah meneó la cabeza con pesimismo.

—Quisiera hacerte algunas reflexiones, Myra, pero me gustaría que fueran tus hermosos ojos los que vieran algo que desconocen

—¿Qué desconozco? ¿Se refiere eso a que me vas a enseñar a nuestro plan de ataque? —preguntó ella visiblemente extrañada.

—Tú lo has dicho. No te das cuenta de que te hayas rodeada de una corte de aduladores que te ocultan muchas cosas, haciéndote ver únicamente las que te son favorables.

—¡Eso no es verdad! —protestó airadamente Falmorr, poniéndose en pie y dando un paso en dirección a Iddah, quien le sonrió despreciativamente—. Tú quieres ser el único consejero y estás celoso de nosotros.

—¿Celoso? —Iddah sonreía suavemente, apreciando el momentáneo desconcierto de Myra, que miraba alternativamente a uno y a otro, sin acabar de comprender los motivos de la discusión—. Voy a demostrarte —miró a la muchacha—que estos que se llaman desinteresados consejeros tuyos te han engañado.

Se volvió hacia el tablero de mandos de la pantalla, y tras hacerse la obscuridad, se iluminó nuevamente aquélla,

Un aparato volador apareció en la misma, llenándola totalmente. Luego se alejó velozmente hasta casi perderse de vista, pero Iddah continuó manejando los controles y de nuevo el artefacto volvió a acercarse, continuando su viaje por el espacio, en dirección a un punto luminoso que se perdía a lo lejos y que, al aproximarse fue aumentando de tamaño velozmente, tan velozmente que en poquísimos momentos se convirtió en un redondo globo que cubrió todo el espacio de la escena, en el centro de la cual continuaba la astronave su vertiginosa marcha.

El aparato atravesó una capa de nubes, reduciendo notablemente su marcha hasta parecer casi inmóvil, y apenas había transcurrido un minuto, cuando se vio rodeado por una docena de máquinas también voladoras, pero de diferente aspecto, las cuales empezaron a disparar contra él, y que fueron destruidas en un segundo.

—Hasta ahora no he visto nada de particular. Nuestro aparato se ha deshecho fácilmente de todos sus enemigos —dijo complacida Myra.

—Aguarda un momento —murmuró Iddah, y en el mismo instante, otro aparato cargó sobre aquél, disparando sus mortíferos rayos y destruyéndole en una explosión cuyos fulgores deslumbraron por un instante a los presente al llenar todo el espacio de la pantalla.

Sin aguardar a concluir, Iddah cortó la escena, y al hacerse la luz se volvió hacia la muchacha.

—Ya has visto que, a pesar de todo, esos seressaben defenderse.

Nuestro aparato era veloz, infinitamente superior en velocidad a los enemigos y, aun causándoles grandes pérdidas, ha acabado por sucumbir. Los habitantes de la Tierra se defenderán enérgicamente y dudo mucho que acabemos por conquistarla, y aun en este caso, ¿puedes decirme si la ganancia compensará nuestros sacrificios?

Myra pareció dudar un momento, pero al fin se irguió.

—Pase lo que pase, nuestro plan se desarrollará hasta el final.

Iddah se inclinó respetuoso.

—Muy bien —y sin decir nada más, abandonó el salón con paso enérgico, en tanto que Falmorr se acercaba a la mujer.

—Has obrado como debías obrar. La desorganización empieza a cundir en el planeta, pero todavía nos falta nuestro golpe supremo: ¡lanzar media humanidad contra la otra mitad! Y cuando esto haya sucedido, no podrán oponernos una resistencia medianamente eficaz.

Pero Myra parecía preocupada.

—Ese aparato nuestro destruido… —meditaba y al fin pareció hallar la solución—. Necesitamos uno de los de la Tierra intacto, con su tripulación viva. Esto nos descubrirá cuáles son sus armas, así como el grado de inteligencia alcanzado.

Los sagaces ojos de Falmorr se iluminaron.

—¡Has tenido una maravillosa idea, mi señora! Ahora mismo daré las oportunas órdenes para que salgan hacia ese planeta tres naves interplanetariasnuestras. Es difícil que logren destruir a las tres, pero siempre quedará una que pueda capturar un navío aéreo enemigo, con sus ocupantes.

—Eso es —aprobó Myra—. Dos penetrarán en la atmósfera terrestre provocando al enemigo, en tanto que otra queda fuera en el espacio. Esta será la que nos traiga los prisioneros. Entre tanto que continúen los actos de lo que ellos llaman sabotaje. Que prosigan las destrucciones y los crímenes.

—No hará falta que nuestros servidores trabajen mucho —sonrió siniestramente Falmorr—. Una muerte, una sola muerte, será más que suficiente para que se encienda una guerra que envolverá lodo ese globo, que luego, conociendo además las armas de que disponen, conquistaremos con un mínimo esfuerzo, mi señora. Y, con tu permiso, iré a disponer ahora lo necesario.

Falmorr se inclinó profundamente, llevándose la mano derecha al corazón, pero de repente se quedó paralizado, antes de que tuviera tiempo de completar el paso que había comenzado a dar.

Una vibrante voz lo había dejado clavado en el sitio. Una voz que resonó con estridencias imperativas terminantes:

—Tú no harás nada de eso, Falmorr. Y tampoco ninguno de esos traidores que te rodean y que no saben que llevan a nuestro mundo a una destrucción segura,

Plantado a pocos metros de la entrada,Iddah con una pistola de extraño aspecto en la mano, con un grupo de hombres idénticamente armados tras deél, había hecho irrupción en la estancia, y su aspecto era del hombre decidido a todo.

Pero la que primero habló fue la mujer, encendida en cólera:

—¿Qué es eso, Iddah? ¿Acaso una rebelión?

Los ojos del hombre miraban con cariño a Myra pero su voz era firme, sin titubeos:

—Tú lo has dicho. Una rebelión. Y lo hago porque estás mal aconsejada y amo infinitamente a la hija del que fue mi mejor amigo, como si fuera mi propia hija.

Capítulo IV

El teniente general Jiménez, jefe del Estado Mayor de la Federación Occidental, miró a la docena de personas que estaban sentadas en semicírculo frente a él y carraspeó antes de hablar:

—Supongo que sabrán que cuando les he reunido aquí es porque algo de la mayor gravedad me impele a ello, ¿no?

Asistieron algunos de los presentes, en tanto que el general continuaba hablando:

—Señores, no me gusta andar con rodeos y la noticia que les voy a dar les va a hacer saltar literalmente de sus asientos. ¡Un aparato extra planetario, procedente de sabe Dios qué remoto mundo, ha intentado penetrar en el nuestro!

Tenía razón el general. Saltaron los que le escuchaban en sus asientos, oyéndose durante unos momentos un contuso rumor de excitadas conversaciones, hasta que una voz, más enérgica que las demás, se elevó sobre el tumulto:

—General, eso que usted dice es imposible: Los últimos estudios nos dicen que los planetas de nuestro sistema están deshabitados. Son mundos muertos… todavía.

Jiménez miró a su interlocutor y sonrió levemente:

—Y ¿quién les ha dicho que esa nave haya de proceder necesariamente de uno de los planetas del sistema solar? —se gozó con la sorpresa que sus palabras producían en el auditorio, que de nuevo recomenzó sus alborotadas conversaciones.

—¿Quiere decir que esa fantástica nave, si es que existe, ha venido de más allá de los confines de nuestra Galaxia? —preguntó el mismo que hablara antes.

—No lo sé. Esta es la verdad —confesó con sinceridad el general —. Pero a las pruebas me remito, y se lo voy a demostrar en seguida.

Había un robusto soldado de la Policía Militar, en pie, delante de la puerta, separados los pies, las manos a la espalda, y se movió cuando el jefe del Estado Mayor le ordenó correr las cortinas, con lo que una semioscuridad veló los objetos de la estancia, semioscuridad que se cortó inmediatamente cuando el foco de un proyector cinematográfico taladró el ambiente, deteniéndose en un trozo de la

paredespecialmente dispuesto para tal fin. Unas rayas negras comenzaron a deslizarse al compás de la marcha del film, en tanto que el general comenzaba a explicar:

—Esos hilos que ven ustedes no son ni más ni menos que las trayectorias, las órbitas de los planetas del sistema, lo pasaremos por alto. La primera órbita registrada por nuestro graforradar es la de Marte. Después, como verán, la raya siguiente es muy confusa, más ancha que las demás y de irregular trayectoria, y corresponde a la barrera de asteroides que hay entre Marte y Júpiter, cuya marcha pueden seguir ustedes en este momento. Siguen las de Saturno, Urano, Neptuno y, finalmente, Plutón. No hay planetas más allá. Pero, ¿y esta raya que cruza las anteriores? Fíjense en la espantosa velocidad que lleva.

La línea que apareció en la pantalla, seccionando las órbitas de los planetas, en sentido oblicuo, corría velocísimamente. Los caminos celestes de Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, los asteroides y Marte fueron recorridos rapidísimamente, desapareciendo al fin aquel trazo en una zona nebulosa.

—Hasta aquí llegó ese aparato y como han podido apreciar fácilmente, vino de más allá del sistema.

—¿Qué ha sido de esa nave espacial? —preguntó alguien, con un velo de emoción en la voz.

—Ha sido destruida —contestó pausadamente Jiménez, y un suspiro de alivio recorrió la estancia, suspiro que se vio cortado instantáneamente cuando el general continuó hablando—: Pero antes de perecer sus ocupantes, todavía tuvieron tiempo de destruir una docena de nuestros aparatos «Superjet», que se fundieron como si fueran de mantequilla.

—¡No es posible!

—¡Increíble, inverosímil!

—¡General, usted nos está tomando el pelo!

El mismo Jiménez fue el que hizo la luz en la habitación, corriendo las cortinas, y dijo al soldado:

—Haga entrar al comandante Goodwin.

—A la orden, señor —y el soldado salió de allí, para regresar antes de un minuto, con un oficial que se quedó en pie respetuosamente, aguardando órdenes, que no tardaron en hacerse

escuchar:

—Comandante, sírvase explicarles a los caballeros lo que le ha ocurrido esta mañana.

En pocas, pero acertadas palabras. Rilke contó todo lo que había ocurrido, sembrando la desolación en aquel grupo de personas, y cuando terminó, dijo:

—Si lo desean, puedo hacer proyectar la película del combate. Verán la forma del aparato extraterrestre; estoy ahora convencido de ello y podrán comprobar que no es de ningún tipo conocido.

—Tiene razón el comandante —dijo Jiménez—, pero no lo creo necesario.

—Puede ser algún nuevo ingenio de la Federación Eurasiática. Quizá quiera provocarnos y arrastramos a una guerra total.

—No —contestó, seguro de sí mismo, el general.

—No lo creo. Tenemos informes exactos de todassus nuevas construcciones y entre ellas no figura la que ha sido destruida. Por otra parte, las indicaciones del graforradar que terminan exactamente en el punto en que fue destruido el misterioso aparato, son demasiado precisas para que no haya lugar para la menor duda. Alguien, desde un mundo indudablemente muy lejano, se ha marcado un objetivo. ¡Y este objetivo es la conquista de la Tierra!

De nuevo volvieron a escucharse las voces de protesta:

—¡No es posible!

—¿Una guerra interplanetaria? ¡Qué absurdo!

—General, debiera usted pedir el retiro. Su cerebro está fatigado.

Sonrió éste tristemente, sin hacer caso de los dicterios y cuando, agotados los insultos, callaron los miembros de la Comisión de Defensa Occidental, que era la que estaba reunida, Jiménez prosiguió:

—Digo, y sostengo, que hay quien quiere conquistar la Tierra, y para ello expondré una prueba.

—Hágalo, general. A ver si así conseguimos creerle —el que más chillaba era su propio compatriota, el senador Alzama.

—¿No se han dado ustedes cuenta de la extraña psicosis de crímenes, incendios y destrucciones, junto con terribles catástrofes,

que vienen ocurriendo hace unas cuantas semanas?

Los senadores se miraron unos a otros, extrañados, hasta que al fin el francés Desaillac fue el primero en hablar:

—¿Qué tiene que ver eso con la amenaza extra planetaria que, según usted, se cierne sobre nosotros?

—Si se molestan ustedes en recordar, o mejor dicho, mirar hacia atrás, antes de que ninguno de nosotros hubiera nacido, se encontrarán con aquel famoso sabio Simans que revolucionó totalmente nuestra forma de vivir. El famoso sabio creó nuestros servidores, los «hubots», que llamó de esta forma porque eran unos robots tan perfectos que parecían y parecen personas humanas. Formó su nombre de la primera sílaba de nuestro género (humano) y la última del de ellos, (robots).

El alemán Schaer era flemático y tranquilo y se le presentaba como modelo de calma, pero se puso en pie como si le hubieran pinchado con una aguja a través de un mullido sillón:

—¿Quiere decir que los hubots se están rebelando?

—Ni más ni menos, señor Schaer. He hecho un estudio cuidadoso, detenido, de todos los casos, de todos los crímenes, de todos los accidentes, y he llegado a la conclusión de que, en todos ellos, hubo una mano de hubot. Fíjese además que todos comenzaron el mismo día: el asesinato de la señorita Harris, que conmovió toda Inglaterra, precisamente porque su asesino era un hubot; las indicaciones erróneas que provocaron la catástrofe del cohete Londres-Nueva York; la prematura fundición del espejo de la «RefiningGlassKroehner& Co»; la catástrofe de la circulación en el cruce de la 5ª Avenida con la calle 42… Todo ello, examinado con detenimiento, ha dadopor resultado el que en cada uno de esos casos intervino la mano de un hubot.

—¡No… no es… es posible…! —tartamudeó Alzama.

—Sí. Lo es —contestó rotundamente el general.

—El asesino de la señorita Hanis era un hubot; el operador de la torre de control del aeropuerto era un hubot; el operario que tenía a su cargo la fundición del espejo y que volcó repentinamente el horno repleto de vidrio líquido, era un hubot; el policía que tenía a su cargo el tránsito en dicho cruce, era un hubot. Y así seguiría citando casos, hasta cansarme. Pero aún queda más. Algo que hasta ahora se ha tenido en el más estricto secreto, y es que millares y millares de hubots empleados como soldados en los diferentes Ejércitos, se han

levantado en masa, asesinando a sus mandos, a excepción de España, en donde nunca se transigió con el sistema de vestir como un soldado a un ser creado artificialmente. Es el único lugar del globo en donde el Ejército es un bloque firme y compacto. En las demás naciones, es el desastre pura y simplemente.

Rilke se quedó aterrado. Si aquello era verdad, la gravedad de la situación era enorme. Ahora se explicó la serie de precauciones que tomaran con él, pero el general Jiménez continuaba hablando:

—Parece como un castigo divino el que cae sobre nosotros. Nos acostumbramos a que los hubots hicieran la mayor parte, por no decir todo nuestro trabajo, creyendo así eludir el mandato de Dios: «Ganarás el pan…» Nosotros nos hemos creído semidioses, pero no somos más que ídolos, cuyos pies no son ni siquiera de barro. Y, lógicamente, nos estamos derrumbando.

—Pero, bueno, ¿qué tiene que ver la rebelión de los hubots con la invasión extra planetaria? —preguntó el senador McMennah, de los Estados Unidos.

—A ello iba ahora, caballero —respondió Jiménez—. He estudiado intensamente todos los detalles de la vida de Simans, el inventor de los hubots, y hay algo que permanece en el más absoluto de los misterios, algo que sus biógrafos no han logrado descifrar. Ni siquiera ha habido controversias como en otros casos de personajes célebres, cuyo lugar de nacimiento se han disputado dos o más naciones o ciudades. En el caso de Simans, nadie sabe de dónde nació, y es lógico que no se sepa, porque ¡«ese hombre no nació en la Tierra!»

Un espeso silencio invadió la habitación durante unos minutos, como una pesada losa pétrea, hasta que Alzama interrumpió la quietud estupefacta de todo el mundo:

—Entonces, Simans vino a preparar la invasión de la Tierra, ¿no es así, general?

—Usted lo ha dicho, y de ahí esa serie de catástrofes. Es porque creen ha llegado el momento, y la nave que destruimos no fue otra cosa que una avanzadilla exploradora. Pero no lo duden, caballeros. Dentro de muy poco, quizá hoy mismo, más naves interplanetarias se abatirán sobre la Tierra encendiendo una guerra más espantosa que ninguna de las que ha habido hasta ahora y nuestros medios…

De repente el general Jiménez calló. Un tic-tac comenzó a escucharse en la habitación y el jefe del Estado Mayor se dirigió hacia

un rincón en el que se hallaba un aparato parecido a un cubo alargado de aristas redondeadas, con la superficie de arriba inclinada en un ángulo de 25ºcon la horizontal, y en la que se veía una ranura de unos dos centímetros de ancho, que se había iluminado al oírse un ligero tableteo. Una serie de letras comenzó a aparecer, en tanto que los miembros de la comisión contemplaban ansiosos el rostro del general que se tornaba más y más sombrío a medida que iba leyendo el mensaje que estaba siendo transmitido.

Al fin se volvió y su voz era desacostumbradamente ronca:

—Señores, si ya las noticias anteriores eran graves, la de ahora reviste una excepcional importancia. No solamente tendremos que enfrentamos con una invasión extra planetaria, sino con una guerra de medio mundo contra el otro medio.

Alguien chilló histéricamente, perdido el control de los nervios, al borde ya de la locura:

—¡Por el amor de Dios, general! Explíquenos de una vez qué es lo que ocurre.

—El general Ziruwian, presidente de la Unión Euro-asiática, acaba de ser asesinado por su sirviente personal. Un hubot.

—¿Qué tiene que ver eso con el peligro que nos amenaza, general? —aulló Lesaillac.

—¿No lo comprenden ustedes? —la voz de Jiménez era patética en grado sumo —, Esa raza desconocida ha provocado dicho crimen. Ahora la Unión Euro-asiática dirá que nosotros hemos provocado el asesinato de su presidente, y nos declarará la guerra. Una guerra que puede ser el fin de la civilización.

Era un grupo de enormes *oes* el que constituían las bocas abiertas de todos los senadores al comprender el inmenso peligro en que acababa de sumirse la Federación Occidental, pero no habían acabado las sorpresas.

Sobre la mesa de despacho había un intercomunicador que sonó intensamente. Jiménez se acercó a él, inquiriendo:

—¿Qué hay, Watkins?

—Tres naves desconocidas se acercan a la Tierra, señor.

Una pausa. Luego el general dijo:

—Gracias. Conéctame aquí el graforradar. ¿A qué distancia se encuentran ahora?

—Acaban de cruzar la órbita de Plutón, señor.

—Está bien. Haga lo que le he dicho.

Al lado del aparato por el que se había recibido la noticia del asesinato de Ziruwian, había otro parecido pero con una pantalla de medio metro por sesenta centímetros de ancho, y alrededor del cual se agruparon todos, ansiosos por ver aquel hecho que treinta minutos antes les hubiera parecido producto de la imaginación de algún desequilibrado, pero que ahora creían a pies juntillas,

—¡Santo Dios! —exclamóAlzama—. Ya han rebasado la órbita de Saturno. Pero ¿qué velocidades, tan fantásticas son esas, general?

—No lo sé. Únicamente puedo decirles la calidad de su amenaza, si juzgamos por la vertiginosa marcha de sus naves, superior a todo cuanto conocemos.

—¡Si… si casi lle… llevan la velocidad de la luz…!—murmuró, espantado hasta la médula de los huesos, Schaer—.Ya han rebasado Júpiter.

—No podemos perder ni un segundo más —dijo Jiménez—. ¡Goodwin!

—Diga, señor —contestó éste, en respetuosa posición.

—Usted ya conoce su modo de combatir. Vaya ahora mismo y tome el mando de las escuadrillas 21, 309 y 310. Esos seres no deben llegar a nuestro planeta.

—Sí, señor —Rilke se llevó la mano derecha a la sien y salió corriendo como un loco, en tanto que a sus espaldas quedaba aquel grupo de aterrorizados seres, de los cuales uno de ellos, el inglés Donaldson, sintióse repentinamente enfermo y hubo de sentarse en un sillón.

—¡Un poco de agua, por favor! —pidió Jiménez, y apenas lo había dicho, cuando el policía militar se precipitó a traer una jarra y un vaso, pero en el momento en que el general vertía el agua, un olor un tanto extraño le llegó a la pituitaria.

¡Cianuro! ¡Cianuro potásico! ¡El agua estaba envenenada!

Jiménez miró al soldado y, repetidamente, antes de que nadie de

los asombrados testigos tuviera tiempo de prever sus movimientos, se lanzó sobre elpolicía que, con una mueca de rabia en su cara, intentó sacar su pistola.

Pero el general, a pesar de la edad, se conservaba ágil y fuerte, de modo que su mano sujetó hercúleamente la muñeca armada, torciéndola violentamente, al mismo tiempo que su hombro derecho se adelantaba y luego hacía girar todo su cuerpo, con lo que el soldado volteó por encima de su cabeza, cayendo pesadamente al suelo y soltando el arma, de la que se apoderó Jiménez al instante.

No vaciló al oprimir el gatillo. Hasta que no vació el cargador no se detuvo, y entonces el policía militar se convirtió en una masa informe de plástico y delicados aparatos electrónicos, que ya no eran más que irrecuperable chatarra.

—¡Santo Dios! —volvió a exclamar Alzama—. ¡Y pensar que ese hubot ha estado escuchando todo lo que hemos dicho! Menos mal que no lo podrá comunicar.

—No esté tan seguro, senador —replicó acremente el general—. No sería raro que se hubieran instalado ellos mismos emisoras y receptores y ya estén enterados de todo lo que nos ocurre en este momento.

Donaldson se acercó. La vista de todo aquello, las estrepitosas detonaciones, el olor de la pólvora deflagrada, le habían sentado admirablemente y se había recuperado en un segundo.

—Gracias, general. De no ser por usted, estaría muerto ahora.

Ignorante de todo lo que ocurría, Rilke se estabacalzando en aquellos momentos, como unas cuantas docenas de pilotos, su pesado traje de vuelo, al pie de su aparato, listo para combatir.

Se encaramó al avión, despacio a la fuerza, ya que el traje con sus innumerables accesorios era harto embarazoso, y hecho esto cerró la cúpula transparente, dejándola estanca. A las alturas que volaban era no sólo conveniente, sino absolutamente necesario, ya que prácticamente no existía atmósfera. Pero aun así, y como en esta ocasión en que se trataba de un combate real y no simulado, podía correrse el peligro de que un proyectil atravesase la góndola, haciendo que el aire se escapase súbitamente y pereciendo el piloto por falta de oxígeno, se hacía necesario llevar una escafandra totalmente transparente, y en la cual estaban conectados los cables de transmisión, así como los conductos de oxígeno, todo lo cual era una infinita molestia. No obstante, en aquellos momentos, Rilke no

pensaba en las incomodidades, sino en que tres aparatos similares a aquel que había tenido la suerte de derribar se aproximaban la Tierra con una velocidad que excedía a cuanto la imaginación humana hubiera podido soñar.

Un «jeep» remolcó el aparato hasta debajo de uno de los orificios que daban al exterior, e inmediatamenteRilke notó el movimiento ascensional de la plataforma, al mismo tiempo que la luz diurna le entraba a raudales por la abertura, y apenas salió al exterior, pudo ver que docenas de aparatos como el suyo aparecían de idéntica manera, todos ellos armados hasta los dientes.

Una hora más tarde, Rilke, aterrorizado, desmoralizado, veía convertirse aquellas maravillosas máquinas en enormes goterones de metal fundido que caían al suelo desde veinticinco mil metros de altura, sin que sus poderosas armas hubieran servido para otra cosa que para organizar un estrépito más que regular, pero absolutamente ineficaz. Y de repente notó que los mandos del aparato no le obedecían.

Era una cosa extraña la que sentía. Vio que la Tierra se le iba alejando. Si antes podía contemplar casi todo el territorio de los Estados Unidos, ahora veía claramente, además de éstos, el Canadá, Méjico y los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Y esta visión fue aumentando cuando la distancia del aparato que tripulaba se fue haciendo mayor.

Con velocidad aterradora, impulsado por alguna fuerza desconocida, cuyas causas ignoraba, pero que no estaba en sus medios evitar, se vio arrastrado a alturas a las cuales no había soñado en llegar siquiera y, por primera vez en su vida tuvo una visión completa de la absoluta redondez del globo terráqueo.

Una visión maravillosa. Azules océanos que brillaban con deslumbradores reflejos al ser herido su espejo por los rayos solares. Enormes zonas de intenso color verde, correspondiente a las cálidas zonas tropicales amazónicas. Rojos manchones de las tierras templadas. Fogonazos amarillos de los desiertos.

Pero toda esta visión de maravilla se esfumó súbitamente cuando en torno a Rilke se hizo la obscuridad más absoluta.

Capítulo V

Sin embargo, tal obscuridad duró muy poco. Tan poco tiempo que los ojos de Rilke no padecieron nada cuando de nuevo se hizo la luz a su alrededor, dándose cuenta, con infinito asombro, de que se hallaba dentro de lo que parecía ser un hangar, si no de gran amplitud, sí lo suficiente para contener con relativa holgura el «Superjet». Absorto en la contemplación de su planeta, estupefacto por aquella irresistible fuerza que le había arrastrado hacia arriba, muy a su pesar, no se había dado cuenta siquiera de que se había ido acercando a un aparato, idéntico, pero de mayor tamaño que aquel al que derribara por la mañana, y que en uno de los costados de éste se había abierto un sector en el que había penetrado su avión, cerrándose a continuación las compuertas, que es lo que había producido aquella sensación de obscuridad, pronto disipada,

Rilke miró en torno suyo, sin comprender todavía lo que le ocurría; pero pronto tuvo la explicación al ver media docena de hombres que se dirigían hacia él con paso decidido, saliendo de una abertura que se había hecho en la pared metálica, enfrente de la proa de su aparato. Durante una décima de segundo estuvo tentado de oprimir todas lasarmas de a bordo, concluyendo así con la vida de aquellos seres; pero le contuvo el desconsolador pensamiento de que la suya también se extinguiría sin que su heroico gesto sirviera de nada. Era mejor, pues, aguardar cautelosamente, a la expectativa, los acontecimientos. Así podría llegar a desentrañar el misterio de aquellas naves extraterrestres.

Había uno de ellos que parecía ser su jefe y que se plantó debajo de él, haciéndole señas de que descendiera. Rilke apretó un botón y la cúpula se deslizó a un lado, tras lo cual se quitó las correas de seguridad, y se puso en pie, tomando un pesado fusil ametrallador que iba incluido en sus equipos de vuelo, para casos de urgencia.

Inmediatamente lo tuvo que soltar, y cayó para atrás, retorciéndose en medio de agudos dolores que le hicieron brotar, contra su voluntad, lágrimas en los ojos. Una violentísima descarga eléctrica, provocada a distancia, sin necesidad de cables conductores, había sido emitida desde algún sitio, ya que, al parecer, aquellos hombres habían dado su gesto como una amenaza, cuando en realidad, no había pasado de ser un gesto puramente precautorio.

Jadeó un momento, tomando aliento y, al fin, penosamente, pudo incorporarse, pasando una pierna fuera de la cabina, y saltando fuera.

Inmediatamente se vio rodeado por aquellos hombres, dos de los cuales, como si durante toda su vida no hubieran hecho otra cosa, le despojaron en un santiamén de la ropa de vuelo, entregándole en el acto un traje como el de ellos, de una sola pieza, muy liviano, pero singularmente agradable al tacto de la piel. Y cuando Rilke estuvo listo, el jefe le dijo:

—Síganos, por favor. Habrá visto que es inútil intentar resistencia alguna. —Su inglés era perfecto, pero monótono, sin tonalidad alguna.

—¿Qué es lo que pretenden de mí? —inquirió.

—Debe venir con nosotros —le respondió el jefe—. A nuestro planeta.

—¿A su... planeta? ¿Qué clase de planeta es el suyo?

—Nuestro planeta es bastante parecido al suyo, señor Goodwin.

Rilke estuvo a punto de caerse al suelo. ¡Aquellos seres sabían ya su nombre! Y el hombre que lo acompañaba, sonrió;

—Sí. Sabemos que se llamaba RilkeGoodwin. Ha sido fácil deducirlo, pero no es eso lo que nos ocupa ahora. Lo interesante es que se viene con nosotros a nuestro mundo, al que llamamos de una forma rara para usted, pero que, traducida a su idioma, podría definirse como Gloria. Por favor...

El hombre se echó a un lado, dejando pasar al asombrado Rilke, que todavía se hallaba estupefacto, sin recobrar el aliento, y se hallaba en una sala semicircular, dotada toda ella de amplios y mullidos sillones, con una amplia mesa de mandos en el frente, también en curva, con innumerables aparatos que debían servir para el gobierno de aquel aparato. Una fila de redondas lucernas se hallaba a la altura del puesto de mando, divisándose a través de ella la noche espacial, brillantes las estrellas, pero Rilke nopudo prestar más atención a lo que lo rodeaba, porque le indicaron:

—Siéntese aquí.

Obedeció sin hacer preguntas, extrañándose del insólito grosor del asiento pero antes de que tuviera tiempo de recobrarse ya estaba sólidamente sujeto a él. Luego, el hombre que le había hablado sonrió en tanto que, como los demás, hacía idéntica operación:

—Nuestra velocidad, en este momento es poco más o menos, como la de su aparato. Pero, ahora, tomaremos otra que nos llevará en poquísimo tiempo a Gloria. Ponga atención.

Contuvo el aliento Rilke, e inmediatamente empezó a notar el aumento de peso de su cuerpo, debido a la aceleración. Se hundió en el sillón anti choque, pareciéndole que el pecho se le juntaba con la espalda. Quiso moverse, librarse de aquella tenaz opresión, de aquel sofocante ahogo, pero por más que lo intentó no consiguió mover un dedo siquiera. Los ojos se le hundieron en las órbitas, le palpitaron las sienes, los pulmones fueron impotentes para levantar la caja torácica, el corazón se sintió sin fuerzas para bombear la sangre a través del organismo y, al fin, Rilke, con un leve suspiro, se hundió en una reparadora inconsciencia.

* * *

A muchos millones de kilómetros de allí, una mujer y sus consejeros se estaban viendo amenazados por otro de sus súbditos rodeado este de varios hombres armados, en tanto que el que parecía ser el cabecilla de aquel levantamiento, afirmaba:

—Cierto. Una rebelión.

—Soy tu reina,Iddah —contestó ella orgullosamente—. Tú lo sabes y te ordeno depongas tu ridícula actitud. De esta forma lograrás que olvide tu insensato gesto.

Por toda respuesta, Iddah movió la mano.

—Apoderaos de esos hombres y conducidlos a los calabozos de los sótanos.

—¡Quietos! —la fría voz de Myra tenía resonancias metálicas y los soldados vacilaron. Ella se dio cuenta y sonrió—. Aquí soy yo la única que manda. ¡Apresadle!

Durante largos años los soldados de aquelplaneta habían aprendido a obedecer la autoridad de la persona que reinaba, y habían acudido a la cámara aquella atraídos por las palabras de Iddah, que les había afirmado que su reina se hallaba en poder de unos desalmados. Pero de repente los papeles se invertían y no tan sólo ella no se hallaba prisionera, sino que ordenaba detuvieran al hombre que les había contado al momento de que tenía la partida perdida, por lo que obró con la velocidad del pensamiento, uniendo la idea a la acción.

Su pistola chasqueó trágicamente en la habitación. Un cono azulado brotó de su boca, en el mismo momento en que uno de los soldados le daba un empujón en el codo, con lo que la descarga desintegradora no alcanzó a Falmorr, como e1 hubiera deseado. Era el principal consejero de Myra y, muerto éste, las cosas hubieran

cambiado notablemente. Pero el golpe fue decisivo, puesto que un chorro de energía impactó en el cuerpo de uno de los sabios que estaban al lado de aquel, y que se convirtió al instante en una rígida estatua azulada, la cual desapareció en seguida, en medio de una nauseabunda nube de humo negruzco, que los ventiladores que funcionaban constantemente se encargaron de disipar casi al instante.

Hubo un momento de vacilación cuando Iddah repitió su disparo y la pistola volvió a restallar, convirtiendo en cenizas otro hombre, pero inmediatamente se vio envuelto por el grupo de soldados, quienes, por miedo de desintegrarse los unos a los otros, no se atrevieron a hacer uso de sus armas, tratando en vano de privarle de la suya.

Los cárdenos fogonazos azulados de la pistola de Iddah iluminaron fantasmagóricamente la habitación, llenándola del desagradable olor a carne quemada, haciendo que los soldados fueran desapareciendo uno a uno, pero un boquete que se abrió junto a él, en la pared, le dio cuenta de que también Falmorr había logrado hacerse con una atomizadora y, viendo que por el momento la partida estaba perdida, echó a correr por el ancho corredor, volviéndose de vez en cuando para hacer nuevos disparos con los que logró contener al grupo de consejeros de la reina que se habían lanzado en su persecución, pero que, desarmados todos ellos, a excepción de Falmorr, retrocedieron prudentemente cuando uno o dos de ellos, losmás audaces, desaparecieron, convertidos en vacilantes bolas de humo negro.

—¡Myra, debes dar órdenes de capturar a ese rebelde! —clamó, excitadísimo. Falmorr—. Con sus escrúpulos va a lograr destruir un plan meditado desde los tiempos en que tu padre, el gran Mahha, era el rey de toda la Galaxia.

Myra vaciló un momento. Las anteriores palabras de Iddah la habían conmovido. ¿Para qué quería conquistar un planeta tan remoto? ¿Por el poder? Tenía más que suficiente. ¿Por la gloria? ¿Por la ambición de ampliar sus dominios aún más? ¿Por la codicia? Pero, ¿no era igualmente cierto que morirían millones y millones de sus súbditos? Y, ¿acaso no había tenido razón Iddah cuando dijo que era muy posible que los habitantes de aquel planeta que quería conquistar se defendieran de tal forma que hicieran fracasar toda tentativa de invasión?

Falmorr se dio cuenta de lo que pasaba en el espíritu de la joven y la acució:

—No titubees más, mi señora. Da las órdenes para que ese traidor de Iddah sea capturado y ejecutado inmediatamente. Todavía no se sabe lo que ha ocurrido aquí y si logra hacerse con el mando del ejército es seguro que te destronará, sentándose en un lugar que desde el principio del mundo corresponde a los miembros de tu familia.

—Pero… —Myra estaba aún irresoluta. Sabía que Iddah había sido el gran amigo de su padre, un segundo padre para ella, cuando el auténtico muriera en una expedición que se empeñó en mandar personalmente, para reducir a los rebeldes habitantes de un planeta que se empeñaba en negarse a pagar los correspondientes tributos, y por eso dudaba de que su actitud no fuera la verdadera.

—No puedo creerlo—musitó.

—¡Es un traidor! —chillóFalmorr—. Ha osado sublevarse contra ti. Por muchos merecimientos que tenga, por mucho aprecio que le guardes, ¿qué otra pena que la muerte puede imponerse a un hombre que se atreve a discutir tus órdenes, mi señora? ¿No es verdad? —se dirigió a los restantes consejeros que estaban a su alrededor y que contestaron dócilmente—. No lo dudes más. Lanza al espacio la orden, y haz que lo capturen, vivo o muerto.

SugestionóseMyra por las ardientes palabras de Falmorr. Lentamente se fue acercando al comunicador, hacia el que, servilmente corrió el hombre conectándolo con todas las redes del planeta, y cuando estuvo dispuesto, se lo indicó con teatral ademán:

—Una simple orden suya, y la destrucción del traidor será un hecho. Si dudas, si vacilas, perderás el trono y ¿quién sabe si acaso la vida? Para conseguir sus deleznables propósitos, ya has visto de lo que es capaz ese hombre.

—Le daré una oportunidad. Que se entregue y olvidaré todo —murmuró débilmente Myra, todavía no decidida del todo.

En su intenso odio, Falmorr adoptó una actitud conciliatoria. Que se entregue. Luego ya se encargaría él de que sufriera un «accidente» irreparable.

—Tus deseos son inexcusables mandatos para míy para todos, mi señora —se inclinó ante ella—. Pero manda que lo detengan antes de que sea tarde para contener el mal.

Suspirando, Myra se acercó al transmisor y habló, tal como quería el otro, mas apenas había terminado de hacerlo cuando la imagen del supuesto traidor apareció en una pantalla inmediata.

—Eres la reina y te obedecerán todos, Myra, Pero también hay hombres conmigo que comprenden la locura en que te han embarcado esos malos consejeros y que saben perfectamente que es una arriesgada aventura la invasión de ese planeta. Vamos a rescatarte y castigar a esos traidores,Myra.

El espíritu de la mujer se acabó de sublevar ante las palabras de Iddah.

—¡Si mueves un solo dedo, si no te entregas tal como te he dicho, haré que te maten como a un perro! —gritó, ya excitada, en tanto que, a sus espaldas, Falmorr se frotaba las manos de contento y hacía un guiño de inteligencia a los demás concurrentes.

—Eres una chiquilla y todavía no sabes lo que quieres, Myra —replicó con triste acento Iddah—, pero yo te sacaré de tan graves errores. Aunque sea lo último que haga en este mundo.

—¡Iddah! ¡O te entregas o…!

Pero en aquel momento una tremenda explosión conmovió el palacio y la mujer estuvo a punto de caer al suelo.

* * *

Rilke abrió los ojos y se asombró de hallarse vivo todavía. Aún sentía en el pecho la extraña opresión que le acometiera al acelerar su velocidad el aparato que le llevaba prisionero hasta un rumbo que ignoraba todavía. Juzgando por los efectos físicos que había sentido, absolutamente nuevos para él, calculó que debía ser una velocidad aterradora la que llevaban en aquellos momentos.

Intentó incorporarse, más no pudo. Se había olvidado de que estaba sujeto por las ligaduras de seguridad, pero antes de que pudiera intentar nada, aquel hombre que mandaba acudió en su auxilio.

—Sí… Gracias.

Todavía no se hallaba muy bien y vaciló al ponerse en pie, Las piernas le flaqueaban y su visión no era muy clara todavía. El hombre que tenía a su lado volvió un poco la cabeza y dio una breve orden en un idioma completamente desconocido para Rilke, pero que le pareció de agradables inflexiones.

Acudió un tripulante con un vaso a medias lleno de un líquido ambarino, que ofreció a Rilke. Titubeó éste.

—No temas. Si hubiéramos querido matarte, no hubiéramos

aguardado este momento.

Rilke pensó que su oponente tenía razón y bebió sin vacilar de aquel líquido, al que encontró un agradable gusto y que, corriéndole como fuego líquido durante unos segundos, le dejó el cuerpo como si no hubiera sufrido ningún trastorno físico.

—¡Estupendo! —dijo luego—. ¿Puedo fumar?

El otro hizo una mueca.

—Sé que tenéis esa desagradable costumbre de encender un tubito de papel lleno de una extraña hierba y aspirar deleitosamente su humo, pero no puedo oponerme a ella.

Rilke inhaló los efluvios del aromático tabaco y, apenas lo había hecho, preguntó:

—¿Por qué me llevan ustedes a su planeta? Y, ante todo, ¿quién es y cómo se llama usted?

—Mi nombre y mi grado poco le dirán, señor Goodwin —contestó el otro—. Tengo una categoría similar a la suya en la flota espacial de Gloria, y, si lo desea, puede llamarme Anthor. Anthor nada más, Con eso es suficiente.

Rilke echó una curiosa mirada en torno suyo, volviendo a inquirir:

—A juzgar por lo que puedo apreciar, llevamos una velocidad considerable. ¿Cuánta es ésta?

—Es difícil hacerlo comprender, señor Goodwin —replicó sonriendo Anthor—. Sus unidades de medida difieren bastante de la nuestra. Sin embargo, hay una unidad constante, y es la velocidad de la luz en el espacio vacío.

Rilke extendió una mano incrédula hacia el cuadro de mandos.

—No... no me van... a decir que llevamos trescientos mil kilómetros de velocidad por segundo, ¿verdad? ¡Sería algo inconcebible!

—Casi, señor Goodwin —contestó el otro—. Pongamos una tercera parte o algo así por el estilo.

Abrió la boca completamente estupefacto Rilke. Cuando por fin recobró el habla, exclamó:

—¡Cielos! ¡Es… es increíble! ¡Trescientos sesenta millones de kilómetros a la hora! Eso quiere decir que nos hallamos más allá de la mitad de la distancia del Sol al último de los planetas.

—Ese mundo que ustedes llaman Plutón ha sido ya rebasado, señor Goodwin —dijo Anthor, gozándose en la sorpresa que sus palabras causaban en su interlocutor, y agregó, para explicarse más—: Ha permanecido usted inconsciente un buen rato. No está usted, como nosotros, acostumbrado a estas elevadísimas velocidades.

—Lo que no comprendo es —murmuró Rilke como para sí mismo —de qué medios se valen ustedes tan velozmente. Es algo que no me cabe en la mollera.

—Y tardaría mucho en entenderlo, señor Goodwin. Bástele saber que nosotros no navegamos en el espacio que ustedes conocen.

—¿Que no…? —Rilke iba de sorpresa en sorpresa—. Anthor, si no se explica un poco mejor, no lo entenderé nunca.

El jefe de la astronave se dispuso a aclarar el misterio:

—Ustedes conocen únicamente un espacio, una sola clase de espacio. El que tiene las tres dimensiones, es decir, de proporciones euclidianas. Nosotros, para viajar fuera de nuestro mundo, a no ser que se trate de distancias relativamente pequeñas, como las que hay de Gloria a los planetas que están sujetos a su obediencia y que se cifran en unos pocos millones de lo que llamáis kilómetros, salimos de ese espaciolimitado y nos vamos a otro, en el cual las energías y gravedades de los astros se encuentran muy reducidas, permitiéndonos con un mínimo de esfuerzo, volar a esta velocidad que usted califica de tan fantástica. Por eso se ha sentido usted tan mal, puesto que, de haberse reducido la aceleración a unas cuantas unidades de gravedad de la Tierra, lo hubiera soportado mucho mejor.

—No lo acabo de entender. Yo sigo viendo los astros a través de las lucernas. —Extendió la mano Rilke hacia una de ellas.

—No tiene eso nada de particular. En el espacio euclidiano, como en el exiespacio, que es en el que nosotros nos hallamos ahora, la luz continúa viajando eterna, inmutable. Somos nosotros los únicos que cambiamos de condición. Pero tardaríamos años enteros en hacer que usted comprendiera esta teoría.

—Luego, entonces, ¿nos hallamos más allá de la tercera dimensión?

—Sí, si así se le puede llamar alexiespacio. Es la única forma de navegar a tan enorme velocidad, con los limitados medios de que disponemos y que, en el mejor de los casos, apenas alcanzarían los cien mil kilómetros a la hora.

Rilke se rascó la cabeza pensativo.

—No lo entiendo —acabó por confesar—. Ni intentaré explicármelo. Creo que acabaría por volverme loco. Pero una última pregunta, Anthor: ¿cuánto tardaremos en llegar a su planeta?

Anthor se volvió, consultando una esfera del cuadro de instrumentos, y durante una décima de segundo Rilke vaciló, dudando en aplicar el filo de su mano a aquella nuca que de tan tentadora forma se le ofrecía. Pero, ¿qué iba a ganar con ello? Aun cuando le arrebatase el arma de rara factura que le pendía del cinturón, suponiendo que redujese o matase a los restantes tripulantes, ¿qué entendía él del manejo de tan raro artefacto? No. Decididamente, no tenía que abandonar aquella descabellada idea y puso cara de circunstancias cuando Anthor giró de nuevo hacia él, diciéndole:

—Vaya sentándose en su litera anti choque. Llegaremos dentro de pocos minutos.

Pero en aquel momento el aparato se tambaleó bruscamente, al mismo tiempo que una atronadora explosión se dejaba escuchar en el interior de la cabina, y Rilke fue proyectado con terrible violencia contra uno de los mamparos de la cabina.

Capítulo VI

—¡Ese traidor de Iddah nos está atacando! —rugióFalmorr—. Ahora ya no dudarás de cuál es tu obligación como reina, ¿verdad?

Y, para recalcar sus palabras, se acercó a la pantalla televisora, en la que apareció al instante un aparato, del que salió un rayo de luz despidiendo una bola de fuego, que aumentó de tamaño vertiginosamente al dirigirse, en apariencia, hacia el vidrio deslustrado, haciendo que Myra, instintivamente, retrocediera un paso, para caer al suelo cuando el edificio trepidó nuevamente a causa de la explosión, que, en el exterior, destruyó la cámara receptora que enviaba las imágenes a la sala.

Desde la misma posición en que se hallaba, Myra ordenó:

—Falmorr, da la orden general de ataque contra todos los que sigan a Iddah. ¡Que no quede uno con vida!

—Tus palabras suenan como agradable música en mis oídos —y Falmorr se volvió hacia uno de los consejeros que estaban allí—. Nikso, ya has escuchado las órdenes de nuestra reina. Hazlas cumplir inmediatamente.

El hombre salió corriendo y Myra, levantándose, trató de seguirle, pero Falmorr la detuvo por un brazo, que ella desasió inmediatamente, con un leve gesto de repugnancia, que el otro captó, no obstante, pero sin que en su acento se expresara la decepción que sentía:

—No debes salir al exterior, mi señora. Sería peligroso para ti. En el refugio de palacio podrás contemplar la lucha sin riesgo alguno. Ven.

Myra comprendió que su oponente tenía razón y, tras tambalearse de nuevo a causa de otra explosión, siguió a Falmorr, yéndose hacia una puerta lateral que daba a uno de los ascensores, que rugió at descender hacia los sótanos, situados a gran profundidad, en previsión de un ataque de esta naturaleza.

Y en tanto que ella procuraba ponerse a salvo, elhombre a quien habían ordenado capturar se estaba incorporando, tras frotarse la nuca, en la que había recibido un golpe cuando fuera derribado

—¿Qué ocurre? —preguntó ansioso.

El pálido rostro de Anthor expresaba bien a las claras la grave situación en que se encontraban.

—Nos están atacando.

—¿Quién? ¿Por qué? —volvió a preguntar Rilke.

—No lo sé. Algo ha debido ocurrir en Gloria para...

¡CRACK!

De nuevo volvió a bailotear el aparato cuando un segundo proyectil impactó su coraza exterior y esta vez hubo de agarrarse Rilke al respaldo de uno de los sillones del puesto de pilotaje para no caerse al suelo, en vista de lo cual Anthor le dijo:

—Siéntese y sujétese firmemente, señor Goodwin. La lucha va a ser dura.

En aquel momento el altavoz se oyó funcionar, pero el que hablaba lo hacía en el extraño idioma peculiar de aquellos hombres y de nuevo volvió a palidecer el rostro de Anthor, que se volvió hacia Rilke, aclarándole:

—Una de nuestras cámaras ha sido perforada por la última explosión.

—¿Y...?

—Espero que los soldadores automáticos cumplan a satisfacción su cometido. ¡Y yo el mío! —contestó decidido Anthor, manejando el aparato de visión, en cuya pantalla aparecieron prontamente dos aparatosde características similares a aquel en que viajaban los atacados.

Anthor los estudió un momento y pudo ver Rilke sus trayectorias simultáneas y convergentes hacia ellos, al mismo tiempo que sus respectivas proas se encendían en sendos resplandores azulados, haciendo salir dos bolas de luz, que se encaminaron fulgurantemente hacia la nave.

Rilke contuvo el aliento y, por tener su vista fija en la mortal amenaza que dejaba una levísima estela blanco-azulada en el espacio, no se dio cuenta de que la mano de Anthor maniobraba en el cuadro de señales, oprimiendo un botón por dos veces.

Trepidó la espacionave cuando dos proyectiles idénticos avanzaron, al parecer, al encuentro de los otros, pero ante el infinito

asombro de Rilke no sólo no reventaron al pasar junto a los artefactos enemigos, sino que siguieron imperturbables una claramente definida trayectoria hacia los aparatos enemigos, en tanto que Anthor decía:

—¡Agárrese fuerte, señor Goodwin!

Instintivamente Rilke, al escuchar las palabras de su interlocutor, se aferró a los brazos de su butaca. Las correas de sujeción le oprimieron duramente el abdomen cuando el aparato saltó como un caballo encabritado ante un violento castigo de su jinete, trepidando horrorosamente. Pero en aquel momento, dos deslumbradores fogonazos atrajeron su atención.

Las dos naves enemigas se disolvieron en una luz infinita, cambiante en todos los tonos del espectro, sin que el menor ruido llegara hasta ellos, explosiónque duró unos cuantos segundos, iluminando con sus cárdenos resplandores aquella zona del espacio, que pronto volvió a la oscuridad cuando aquellas astronaves desaparecieron como si nunca hubieran existido.

—¿Cómo ha podido ser eso, Anthor? ¿Por qué nosotros hemos resistido y ellos no?

—Nuestra nave fue proyectada especialmente para viajes de este tipo —replicó el interpelado—. Aun así hemos sufrido graves daños y espero podamos llegar sin más novedades a Gloria. Pero —Anthor meneó la cabeza—lo que no comprendo es porque hemos sido atacados sin previo aviso. Algo ha debido suceder. Algo muy raro.

Rilke no habló. Si Anthor no comprendía nada, él por su parte aún lo entendía menos. Solamente sabía que, milagrosamente, había conservado la vida y que se hallaba, al menos por el momento, a salvo. Lo que hubiese de ocurrir después le tenía intrigado, pero no pudiendo resolverlo se dispuso a tomar las cosas con la mayor filosofía posible.

—Preste atención —le interrumpió sus cognaciones Anthor—. Vamos a regresar al espacio normal.

De nuevo volvió a sentir Rilke aquella extraña opresión, aunque en sentido inverso, ya que el aparato deceleraba, perdiendo velocidad. Al contrario que en la anterior ocasión, los ojos parecieron salírsele de las órbitas, pero por fortuna esta vez sus padecimientos fueron menores y pronto pudo recuperarse, para lanzar un grito de sorpresa en cuanto recobró la normalidad de sus sentidos.

Un enorme globo, blanco, rutilante, esplendoroso se percibía, no

solamente en la pantalla televisora, sino a través de los «ojos de buey» de la astronave, llenando con su presencia el espacio que había frente al aparato, y aumentando de tamaño a medida que éste se iba acercando al planeta, de una belleza maravillosa y en la que se advertían, mucho más que en la misma Tierra, verdes y enormes continentes y resplandecientes extensiones que Rilke supuso serían los océanos de Gloria.

Pronto notó las perturbaciones características al moverse el aparato en el interior de la atmósfera del planeta. Trepidó un tanto la nave, para adquirir al momento un movimiento tan suave y silencioso como en el espacio libre, y el suelo se fue acercando rápidamente.

Pero cuando ya estaba a relativa poca altura, cuando Rilke empezaba a admirarse de nuevo con una ciudad cuyas gigantescas edificaciones aun en la lejanía se percibían relativamente fácil, vio que negras explosiones comenzaban a cubrir determinadas zonas de la ciudad. Cegadores destellos salían del suelo, para ser cubiertos al momento por la espesura de los gases deflagrados, que se alzaban en gigantescos hongos a millares de metros de altura.

—¡Están atacando el palacio de Myra! —exclamó atónito Anthor.

—¿Myra? ¿Quién es?

—Es nuestra reina. —Anthor se volvió hacia Rilke, como asombrándose de que alguien ignorara el nombre de la que gobernaba en aquel mundo.

—¿Y es vuestra reina la que os ha ordenado que me capturéis, amén de matar a tres docenas de mis compañeros? Le aseguro, Anthor, que esa vieja bruja va a tener que escucharme en cuanto le eche la vista encima.

—¡Oh! —y Anthor se quedó mudo, estupefacto al ver tratar de tal forma a su reina. De momento no dijo nada, pero apenas tocaron el suelo se desciñó los atalajes y se fue hacia Rilke, con el que hizo lo propio, desafiándole—. Eres un hombre de otro planeta, y un hombre, además, cuya vida es preciosa para mí. De no ser por esa casualidad, te hubiera ahogado con mis propias manos, por atreverte a proferir tan gravísimo insulto a la que considero como mi dueña y señora. Pero ya que no puedo matarte, porque es su voluntad conservarte vivo, te daré una lección que no olvidarás jamás. Conozco vuestras costumbres y sé cómo reaccionaras ante esto.

«Esto» fue nada más ni nada menos que una sonora bofetada que puso rojos colores en una de las mejillas de Rilke, que retrocedió un

paso primero, sorprendido al par que irritado, mas reaccionando al instante sonrió:

—Tienes ganas de pelea ¿eh? Me gustaría que retransmitieran esto. El primer combate de boxeo entre dos seres de diferentes mundos.

Tres o cuatro hombres de la tripulación irrumpieron violentamente en la cabina, dispuestos a auxiliar a su jefe, al que creían atacado, pero éste les frenó en seco con una breve frase, lanzándose al momento hacia Rilke, que con paso danzarín se echó a un lado, esquivando fácilmente el inexperto ataque de Anthor, que se encontró de repente sentado en el suelo, con estólida expresión, sin comprender lo que le había ocurrido, y acariciándose la dolorida barbilla,

—¿Qué te ha parecido la primera lección? —se inclinó hacia él Rilke—. ¿Seguimos con la segunda?

Anthor era tozudo y se levantó, simulando un falso ataque, deteniéndose después y volviéndose a lanzar a continuación, efectuando todos estos movimientos rapidísimamente, sin apenas transición entre ellos, pero no logró coger desprevenido a Rilke, que hundió su puño izquierdo en el abdomen de su contrincante, doblándolo y levantándolo luego del suelo merced a un demoledor gancho en el mentón que puso en blanco los ojos de Anthor, que tuvo que ser reanimado por uno de sus hombres, gracias a un vasito de aquella extraña bebida que tan bien le había sentado a Rilke para recuperarse de los desastrosos efectos de la aceleración.

Anthor se levantó, acabando de despejarse con unos cuantos enérgicos sacudones de la cabeza, y, sonriendo, alargó su mano a Rilke.

—Eres un hambre de fortaleza poco común, y hasta ahora el único que puede ufanarse de haberme tirado al suelo...

¡CRACK!

De nuevo sonó una terrorífica explosión junto al aparato y en esta ocasión, si no tan cerca, sí lo suficiente para que el colosal puñetazo de la expansión de los gases, en combinación con la atmósfera, levantase del suelo al artefacto, haciéndolo girar varias veces sobre sí mismo, como si fuera una pluma y estrellándose al fin contra el pavimento, mientras que sus ocupantes voltejeaban por el interior, intentando asirse a algún saliente para evitar mayores daños en su organismo.

Al fin se detuvo aquel espantoso movimiento y Rilke, notando todo su organismo magullado, se incorporó penosamente, levantando a Anthor, de cuya frente brotaba un hilillo de sangre.

—¡Caramba! —exclamó el primero—. ¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Qué es lo que pasa ahí afuera? ¿Alguna guerra?

—No lo sé —contestó el otro todavía vacilante—, pero lo mejor que podemos hacer será salir al exterior.

—Poco a poco, amiguito —objetó Rilke—. Si, como yo me temo, esa explosión ha sido del tipo nuclear, toda esa zona va a estar impregnada de radiactividad y no tengo el menor deseo de ofrecer mi cuerpo a la voracidad de los rayos «gamma».

Anthor sonrió débilmente, al mismo tiempo que, inclinándose sobre el semidestrozado tablero de mandos, pulsaba un botón, oyéndose una voz que habló rápidamente durante un minuto o dos. Cuando cesó ésta, fue el hombre de Gloria el que impartió unas órdenes, volviéndose acto seguido hacia Rilke y explicándole:

—Un par de hombres de los míos están lesionados, aunque no son de gravedad sus lesiones. Losotros se encuentran perfectamente y ahora mismo nos traerán trajes aislantes.

—¡Hum! —gruñó Rilke, dudando para sí de la eficacia de aquellos ropajes, pero cambió instantáneamente de opinión al ver los rarísimos artefactos, más parecidos a escafandras para inmersiones submarinas que trajes que evitasen la penetración en el cuerpo de los mortíferos rayos «gamma».

La primera impresión que recibió Rilke fue la de que no podría moverse en absoluto si no era con una grúa, pero apenas le fue puesta la caperuza, a cuyo frente había un espesísimo cristal de color azulado, y que ponía una peculiar nota en los objetos que se veían, se dio cuenta de que eran harto livianos, y si bien no podría moverse con la agilidad con que lo había hecho instantes antes, sí podría hacerlo con relativa facilidad.

Anthor se le acercó, dando media vuelta a una llavecita que tenía en una especie de tablero de mandos, reducido en la pechera del traje, y le dijo:

—Ahora ya funciona su transmisor, señor Goodwin. Podemos salir ya de aquí. ¡Ah! —se inclinó y sacó algo de un pequeño armarito empotrado en un mamparo—. ¡Tome!

—¿Qué es esto? —inquirió Rilke, mirando el curioso aparato, muy parecido a una pistola ametralladora, pero de cañón mucho más corto y grueso, con dos protuberancias casi esféricas, una a la mitad y otra en la boca del mismo.

Anthor le explicó en breves pero jugosas palabras el funcionamiento de la pistola desintegrante, concluyendo:

—Prácticamente su carga es ilimitada, ya que en su depósito —se lo indicó—hay la suficiente energía como para hacer diez mil disparos. Le quedan unos nueve mil novecientos, ya que los que faltan se han hecho en ejercicios de entrenamiento e instrucción.

—Está bien. Supongo que ahora no nos queda más que salir ya, ¿verdad?

—Exacto —corroboró Anthor, echando a andar y saliendo de la semiderruida cabina, algo inclinada a causa de la posición que había adoptado la astronave a consecuencia de la explosión, que, afortunadamente, no había vuelto a repetirse.

Pasaron por aquella especie de hangar en el que introdujeran su «Superjet» y Rilke no pudo evitar el arrojarle una melancólica mirada al verlo arrojado contra una pared, con bastantes destrozos, rotas las amarras que lo habían sujetado. Luego una puerta se abrió, dejando entrar la luz del exterior a raudales, y Anthor, seguido del terrestre y otro de sus compañeros, ya que los restantes habían quedado atendiendo a los heridos, se encontraron con un apocalíptico paisaje de ruinas y desolación.

Enormes montones de escombros se alzaban por todas partes, substituyendo a los altivos edificios que poco antes fueran uno de los más lujosos barrios de la capital de Gloria, y por un momento Rilke sintió los más lúgubres pensamientos al suponerse los miles y miles de personas que debían haber perecidoen el espantoso bombardeo, pero Anthor le sacó de tan errónea hipótesis, como si le adivinara el pensamiento.

—Es muy probable, casi seguro, que casi todo el mundo haya tenido tiempo de refugiarse en los viaductos subterráneos. Muy pocos habrán perecido…

—Pero, ¿y si la explosión les ha cogido de sorpresa? —objetó Rilke.

—No lo creo. Antes habrán sonado las alarmas Pero, dejando esto a un lado, ahora lo que nos interesa a nosotros es hallar una de esas

entradas para…

Anthor se interrumpió súbitamente y Rilke, alarmado, siguió con sus ojos la dirección en que el otro estaba mirando, dándose cuenta de que media docena de hombres vestidos de idéntica manera a la de ellos, se les aproximaban subiendo y bajando por las colinas de escombros. Imitándole, también él requirió su pistola, poniéndola en posición de disparar al menor intento y aguardando, con los nervios tensos, expectantes, el momento del contacto con aquellos seres que se les acercaron hasta quedar a quince o veinte metros de ellos, desperdigándose precautoriamente.

—Identificaos —resonó la voz del jefe a través de los transmisores, sin que Rilke, claro está, entendiera lo que le decían, aunque suponiéndose poco más o menos de que se trataba, ya que no habían empezado a disparar los otros.

—Servicio especial de la reina Myra —contestóAnthor serenamente—. He capturado un hombre de otro planeta y debo conducirlo a su presencia.

—Me alegro de que sigáis fieles a ella —contestó el otro—. Por un momento temí fuerais de los rebeldes.

—¿Los rebeldes? —inquirió extrañado Anthor, comenzando a entender el porqué de los ataques que habían sufrido—. ¿Quién ha osado sublevarse contra nuestra amada señora?

—Iddah.Iddah, que es contrario a la conquista del nuevo planeta y ha arrastrado algunas tropas tras de él. Pero no durará mucho y…

El hombre aquel no pudo continuar hablando. A unos cincuenta metros de allí había surgido otro grupo análogo, armado de idéntica manera, y uno de aquéllos había hecho brotar una llama azulada de la boca de su arma, despidiendo un rayo de luz que terminó en el cuerpo del que estaba hablando y que se envaró al sentir la descarga.

Capítulo VII

Rígido, convertido momentáneamente en una estatua de azulado color, el hombre se quedó un segundo petrificado, para desvanecerse al segundo posterior en una nubecilla de obscuro humo, que se disipó bien pronto al influjo de la ligera brisa que soplaba en aquel lugar.

Rilke se quedó con la boca abierta, jamás en su vida había oído hablar de un arma semejante, que disolvía a un hombre con una facilidad pasmosa, no dejando de él el menor rastro. Y este instante de estupefacción estuvo a punto de costarle la vida.

Enfundado en aquel embarazoso traje aislante, los atacantes no podían distinguirle de los otros, y un chasquido que sonó a sus espaldas le indicó que, por verdadero milagro, acababa de escapar de una muerte semejante, por lo que, reaccionando, se zambulló de cabeza detrás de un montón de cascotes que le brindaron una protección, siquiera fuera en precario.

Al mismo tiempo, un enorme bloque monolítico que había detrás de él y en el que había impactado el proyectil energético desintegrante, empezó a fundirse como si de un simple trozo de mantequilla se tratara. Grandes gotas de su misma materia, tomando el característico color azul de aquellos proyectiles, empezaron a desprenderse para, al fin, convertirse en una masa líquida, hirviente, espumeante, que acabó por deshacerse en una nube de humo mucho mayor que la anterior.

Los atacados habían reaccionado de igual manera que él: buscando un refugio, y devolviendo disparo por disparo, haciendo restallar la atmósfera con los crujidos de los proyectiles al salir por la boca del arma que se encendía en un fogonazo blancoazulado, despidiendo una carga desintegradora que fundía instantáneamente cuanto tocaba.

De la media docena de hombres que primitivamente se dirigieron hacia ellos y cuyo jefe había muerto, dos fueron alcanzados antes de que tuvieran tiempo de esquivar los mortíferos proyectiles, transformándose en sendas bolas de sucio y algodonoso humo, prontamente disipadas por la brisa. Pero tampoco ellos anduvieron remisos en la contestación y tres de los enemigos fueron igualmente destruidos sin tiempo siquiera de lanzar un gemido.

Rilke pensó con espanto en las horrorosas consecuencias que podía tener para la humanidad terrestre una invasión de hombres

armados con aquellos destructores artefactos, ante los cuales no había, a su juicio, defensa posible. Pero como, al mismo tiempo ignoraba los motivos de la guerra entre los seres de Gloria, y no sabía el porqué de la sublevación contra la reina, que él seguía creyendo firmemente no podía ser otra cosa que una vieja bruja, de espantoso aspecto, por muchas galas y lujos que gastase, se dijo que lo más prudente sería permanecer al margen de la contienda y defenderse únicamente si era tocado directamente.

Seguro, al menos así lo creía él, tras aquella barrera de escombros, se dedicó a contemplar con cierta placidez las fases de la enconada lucha que sostenían unos y otros.

El hombre que había saltado con ellos de la espacionave, se encontraba detrás de un bloque de piedra que empezó a derretirse rápidamente al recibir dos o tres impactos directos que lo colorearon muy pronto de azul, haciéndole parecer a Rilke que se encontraba ante un zafiro de inigualables proporciones. Se dio cuenta elotro de que estaba amenazado, de repente, saltó hacia un lado, esquivando aquella masa fundente que en incontenible torrente se le venía encima.

No lo pudo conseguir del todo porque parte del torrente líquido y abrasador le sujetó por una pierna, la cual desapareció al instante, en medio del horror que sintió repentinamente el terrestre, al ver tan nauseabunda escena y, el hombre de Gloria, dándose cuenta de que su muerte era ya inevitable, se puso en pie, en un gesto suicida, pero decidido a vender cara su vida ya prácticamente concluida.

Apretando el desintegrador portátil, sujetándolo a la altura de la cadera, moviéndolo en abanico y apretando el mecanismo de disparo, hizo brotar una serie de chispazos de la boca del arma, de la que salieron en veloz sucesión una nube de rayos que impactaron con estridentes trallazos en los lugares donde estaban parapetados los enemigos y que empezaron a fundirse apenas recibían las destructoras descargas.

Pero no pudo completar su mortífero semicírculo. De la parte opuesta, en el lugar donde lógicamente tenía que haber acabado su ráfaga, brotó una espectral llamarada, una tan sólo, pero que fue suficiente para convertir a aquel valiente, primero en una estatua semitransparente de la que salieron infinidad de chispazos de todos los colores al comunicarse la desintegración al arma que tenía en la mano, y luego, una y otro en una deshilachada nube de humo que desapareció bien pronto.

Éste fue el momento que aprovechó Anthor para, desafiando el peligro, imitándolo, ponerse en pie y liberar una descarga de energía hacia aquel lugar, fulminando a su enemigo que se desvaneció rápidamente. Y a continuación, por pura medida precautoria, hizo un par de recorridos con la pistola, fundiendo cantidades inverosímiles de materiales y bloques de piedra.

Esta ráfaga fue la definitiva, ya que ningún disparo más respondió a los que había hecho Anthor quien, con una última mirada, volvió la espalda, alcanzando el nivel de Rilke y diciéndole:

—¡Vámonos! ¡Esto está ya todo concluido!

Durante un buen rato, ambos anduvieron en silencio, siempre con las armas a punto por si se encontraban con alguna patrulla rebelde, y Rilke notó que su compañero parecía preocupado por algo. Acertó en sus suposiciones, porque no tardó mucho tiempo sin que le dijera:

—Creía que los hombres de la Tierra erais más valientes.

—Te supongo enterado de que derribé uno de vuestros aparatos —le contesto Rilke en el mismo tono sarcástico.

—No te lo digo por eso ahora —le replicó Anthor—. Pero he observado que durante ese combate que hemos sostenido, tú no has hecho nada por defenderte, ni por tirar contra los rebeldes.

—¿Y por qué había de hacerlo? A mí no me han ofendido, ni se han sublevado contra mi dominio. Yo no soy ningún servidor de esa vieja bruja como tú, y me importa una higa que la maten o que la dejen de matar.

En el gesto de las manos de Anthor, que se crisparon sobre su pistola, adivinó Rilke que de nuevo había hecho electo el insulto contra la mujer que regía los destinos de aquel planeta y se preparó a cualquier evento; pero, afortunadamente, el otro supo contenerse, bien que continuaba hablando cáusticamente:

—¿No intentarás encubrir con tus palabras tu falta de valor?

—¡Vaya! El combate que habéis sostenido te ha hecho olvidar tu cortesía, Anthor. Pero me es igual que me tutees o que dejes de hacerlo. Siendo como soy un prisionero, lo que me interesa sobremanera es conservar la vida. No haré uso del arma si no me veo obligado a ello.

—Si a ti mismo te consideras como un cautivo ¿por qué no intentas escaparte? —le preguntó Anthor, poniendo sagacidad en su

acento.

—¿Para qué? —Rilke se encogió de hombros, pero su acción apenas se notó a causa del espeso traje—. ¿Qué adelantaría con huir de ti si no era para perderme en un desconocido planeta, sin saber dónde ir, expuesto a ser cazado como una fiera salvaje? No, Anthor, no. Observemos, primero, qué es lo que se quiere de mí. Después, veremos ya lo que se debe hacer: si conformarme con mi suerte o ver de modificarla en mejor sentido para mí.

—¡Hum! Esto último lo veo un poco difícil. Pero ya lo tenemos ahí.La entrada al viaducto subterráneo que nos llevará a palacio. Estoy seguro de que estará atestado de gente.

Se encaminaron hacia allí, y Anthor oprimió un botón, ya que la entrada al subterráneo estaba obturada por una pesada puerta, que casi inmediatamente empezó a descorrerse, pero apenas se había producido una hendedura de un decímetro, cuando un disco que había encima del pulsador empezó a titilar con luz roja y azul, alternadas, en violentos destellos, que producían al mismo tiempo intensos pitidos que le recordaron a Rilke una anticuada transmisión en morse radio telegráfico, pero aumentado el tono enormemente.

—¿Qué es eso, Anthor?

La contestación de éste le dejo sin aliento:

—¡En estos momentos ha comenzado a funcionar el mecanismo de disparo de una granada nuclear! —Miró el indicador y exclamó—: ¡A ochocientos metros encima de nosotros!

De momento, Rilke se quedó sin habla. Le parecía un absurdo que tuvieran detectores tan perfeccionados que pudieran captar los preliminares de una explosión atómica, pero se dijo a si mismo que un planeta de una civilización tan vieja, a la fuerza tenían que poseer conocimientos muy superiores a los suyos. Con un hilo de voz se atrevió a preguntar:

—¿Tar… tardará mu… mucho en estallar?

—Ni tres segundos siquiera. ¡Aprisa! —rugió Anthor, introduciéndose por la abertura de la puerta,que todavía no había completado su deslizamiento. Rilke le siguió advirtiendo por el acentuamiento de la iluminación artificial que a sus espaldas la puerta se estaba cerrando y, siguiendo a Anthor que había echado a correr con toda la velocidad que le permitía el traje aislante, procuró alejarse cuanto antes de la entrada.

Sin embargo, cuando todavía quedarían unos cinco centímetros de ranura, Rilke se sintió cogido en volandas y arrastrado como una hoja seca por un tornado, levantándose, cayendo, tropezando con las paredes, resbalando por las escaleras, hasta que perdida en absoluto la noción del tiempo y del espacio, llenos los oídos y el cerebro del espantoso trueno de la bomba, se detuvo o, mejor dicho, fue detenido por un muro, quedándose allí apoyado, semiinconsciente durante un buen rato.

No supo precisar el tiempo que hubo pasado hasta que notó que era zarandeado. Abrió los ojos y pudo ver una máscara que se inclinaba sobre él.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —replicó—. Ayúdame a levantarme, Anthor. ¡Santo Cielo! ¡Qué barbaridad! Estar tan cerca del centro de la explosión de una bomba nuclear y salir con vida. Si me lo dicen en la Tierra no lo hubiera creído jamás.

—Da gracias a que ya estaba casi cerrada la puerta y que la cantidad de aire desplazado que ha entrado ha sido ínfima. De no haber sido así, ninguno de los dos lo contaríamos. Pero quiero que veas algo. ¡Mira!

Rilke se volvió hacia donde le indicaba Anthor, y vio su silueta en negativo perfectamente dibujada contra la ennegrecida pared. Claro que era una silueta burda, debido al traje, pero ello le dio idea de la enorme cantidad de radiaciones que había debido de absorber su protección.

Estremeciéndose todavía fue adentrándose en el subterráneo, siguiendo a Anthor, perdiendo altura a cada momento. Todavía tuvieron que franquear varias puertas más, de idéntica solidez a la primera, que había resistido perfectamente los efectos de la explosión, y cuando menos lo esperaba se dio de manos a boca con un espectáculo inusitado.

Una inmensa masa de gente pululaba en el amplísimo subterráneo, formando un confuso maremágnum de conversaciones en la lengua de Gloria que, junto con el zumbido de potentísimos purificadores del aire respirable, constituían una abigarrada mezcolanza de sonidos que, en el primer momento llegó casi a marear a Rilke. Pero esta impresión desapareció casi en seguida cuando las personas que estaban a su alrededor empezaron a huir de ellos como si fueran apestados.

Rilke se extrañó en los primeros momentos de tan insólita actitud, pero pronto se tranquilizó al darse cuenta de que no obedecía a otra cosa que el hallarse sus trajes empapados en radioactividad. Los sonidos de las explosiones atómicas habían sido perfectamente escuchados allá abajo y los refugiados comprendían que no podía ocurrir otra cosa con aquellos seres recién llegados de la superficie.

Pero no estuvieron mucho tiempo allí. Anthor le indicó que esperará un poco y volvió al cabo de unos minutos, diciendo:

—Ahora mismo vendrá un vehículo que nos llevará a palacio en un santiamén.

Dicho vehículo llegó antes de lo que sospechaba Rilke, y entonces se dio cuenta de que no se apoyaba en el suelo, sino que parecía suspendido en el aire. Pero, no queriendo parecer ignorante, se abstuvo de hacer pregunta alguna, porque se dio cuenta de que dos inacabables tiras metálicas, una en el techo del subterráneo, y otra en el suelo, de una anchura de treinta o cuarenta centímetros eran la base para la circulación de aquel extrañó artefacto que tenía forma de un proyectil, más redondeado en la punta que en el extremo opuesto, y que se sostenía por medio de un mecanismo electromagnético, producido por una potente corriente que circulaba entre las dos tiras de metal. La parte delantera de dicho vehículo, de reducido tamaño, estaba provista de amplias ventanillas que permitían una fácil visión en todos los sentidos, excepto en el posterior, Pero Rilke se dio cuenta de una protuberancia, suponiéndose, y acertando, que aquello no era ni más ni menos que el objetivo de una cámara de televisión.

Apenas se sentaron en los confortables sillones, cuando Anthor, tomando el control del extraño artefacto, lo hizo arrancar con tremendo empuje que echó hacia atrás a Rilke hasta que éste logró acomodarse a la enorme velocidad del aparato, quecruzó meteóricamente una serie de estaciones como la que habían abandonado, repletas de gente que habían huido de la mortal amenaza de la guerra en las capas superiores.

—Ahora verás a nuestra vieja bruja —dijo Anthor, pero Rilke no captó el oculto sentido irónico de las palabras de su interlocutor, muy ocupado, al parecer, en la conducción del coche.

O la velocidad desarrollada era muy grande, o la distancia a recorrer era muy corta, díjose Rilke, cuando se detuvo el vehículo en un lugar, en el que, al parecer, era ya esperado, pues había una serie de hombres que rápidamente y sin temor a las posibles consecuencias se arrojaron sobre los dos hombres, despojándolos en un santiamén de

sus trajes aislantes, y conduciéndolos a una habitación provista de baño y útiles de aseo, zambulléndose en la pequeña pileta Anthor, con visible deleite, en lo que, sin ningún remilgo le imitó Rilke, vistiéndose luego después con trajes adecuados que les llevaron los mismos que les habían recibido.

—Tienen ya impartidas instrucciones acerca del trato que tienen que darnos —murmuró Anthor—. Por otra parte, el baño ha sido beneficioso. Si alguna radiación ha podido llegar hasta nuestra piel, no ha pasado de la epidermis y las sales y jabones eran eminentemente anti radiactivos, por lo que puedes estar satisfecho de ti mismo.

—No mucho —gruñó Rilke, hurgándose en los bolsillos de su nuevo traje, y comprobando, con un suspiro de satisfacción que le habían dejado el encendedor y el paquete de cigarrillos recién empezado en la Tierra. Aspiró el humo de uno de ellos con visible satisfacción y aguzó el oído.

—Ahora comeremos —dijo Anthor—. Repondremos nuestras fuerzas y en seguida iremos a ver a la vieja bruja que dices tú.

No dejó de extrañarle a Rilke el que su captor y guía al mismo tiempo repitiera la calificación que él había dado a la reina, pero su estómago estaba harto impaciente. Le pedía comida con urgencia y estuvo a punto de aullar de alegría, cuando dos hombres entraron en la estancia depositando, el uno un frasquito y el otro una especie de plato, con una cubierta metálica en el que se veían dos cucharillas, encima de una mesita baja, pero toda la satisfacción que había sentido Rilke al ver entrar a los servidores, se esfumó como por encanto al darse cuenta de lo reducido del menaje.

A Rilke se le cayó el alma a los pies cuando Anthor destapó el plato, y ver que allí no había más que dos porciones de una pasta verdosa, un tanto obscura, pero, empuñó, no obstante, decididamente su cucharilla.

—Muy bueno y muy reconfortante, —dijo Anthor, sonriéndole y deglutiendo su primera porción de una sola vez.

Rilke le miró con expresión compungida y le imitó. No tenía gran sabor aquel extraño alimento, un tanto agridulce, pero en seguida notó, con gran asombro por su parte, sus benéficos influjos, porque los retortijones que ya le empezaban a contraerel estómago cesaron a poco, notándose extrañamente satisfecho y eufórico. Dos deditos de la misma bebida que tomara en el espacio concluyeron de reponerle por completo las fuerzas.

—Bien —exclamo Anthor, cuando Rilke hubo concluido de fumarse su segundo cigarrillo—. Creo que ya es hora de que visitemos a nuestra reina. Estará impaciente por verte.

—¡Hum! No lo digas tan seguro, Anthor. Por mi parte estoy convencido de que será una venerable momia.

—¿Momia? ¿Qué nuevo insulto has descubierto, Goodwin? Cuando te haya visto y descubierto que eres un presuntuoso terrestre, ignorante y zafio, un degenerado representante de aquella podrida raza a cuya renovación aspiramos nosotros, tendré el honor de pedirle permiso para matarte.

Rilke le puso la mano sobre el hombre:

—Me agradará infinito comerte los hígados, después de cantarle cuatro verdades a esa contemporánea de Matusalén. Vámonos ya. ¿A qué esperamos?

Echó a andar, seguido de Anthor, que no acababa de comprender con exactitud las para él enigmáticas frases del terrícola. ¿Qué habría querido decir con aquello de «comerle los hígados»? ¿Es que en aquel semibárbaro planeta eran antropófagos?

Alcanzó a Rilke y se puso a su lado, indicándole el camino, celosamente guardado de trecho en trecho por inmóviles soldados armados hasta los dientes que saludaban respetuosamente a su paso. Luego al cabo de unos ciento cincuenta metros, dejando a uno y otro lado numerosas puertas de las cuales entraban y salían constantemente personas atareadísimas y que no reparaban en ellos, se detuvieron en otra puerta, mayor que las demás y en la que habían, además de dos centinelas y un hombre que parecía mandarlos, unos extraños signos grabados, en gran tamaño, idénticos a los que tanto él como Anthor llevaban bordados en el pecho, en oro y negro.

Su acompañante habló con el oficial de guardia y éste, tras consultar por el intercomunicador con alguien de adentro, se echó a un lado abriendo la puerta.

Y apenas había ocurrido esto, sin que Rilke tuviera apenas tiempo de fijarse en las vastas proporciones del inmenso salón, sin que pudiera prestar atención al fausto oriental con que estaba decorado, sin que reparara en la docena de hombres que estaban allí, una mujer avanzó hacia ellos.

Rilke se fijó vagamente en que Anthor se inclinaba profundamente, comprendiendo por este acto que se encontraba en

presencia de la reina de Gloria, pero no le quedaron fuerzas para realizar tal acto de acatamiento. Estaba con la boca estúpidamente abierta, la mandíbula colgante, los brazos caídos a lo largo del cuerpo atónito, estupefacto convertido única y exclusivamente en un par de ojos que recorrían ansiosamente la maravilla de la hermosísimo mujer, que graciosa y sonriente avanzaba hacia él.

—Bien venido a nuestro planeta terrestre. Te ruego nos dispenses la incomodidad que te hayamos podido causar al traerte a nuestro mundo contra tu voluntad.

Durante unos momentos más Rilke continuó en idéntica actitud, fascinado, no solamente por la belleza de Myra, sino por el extraño encanto que se desprendía del musical tono de su voz. Pero súbitamente, recordando lo que le había ocurrido, la espantosa muerte que habían sufrido sus compañeros aviadores, se enderezó y habló. Y sus palabras no tuvieron ninguna amabilidad precisamente ni trató a Myra de acuerdo con el rango de ésta.

Capítulo VIII

Infinidad de grupos de soldados, todos ellos equipados con aquellos peculiares trajes aislantes y armas, unas parecidas a la que él había tenido, otras absolutamente desconocidas, y Rilke se dijo, no pudiendo contener una ligera sonrisa ante la idea, que nunca mejor aplicada la idea de que eran seres de otro mundo los que estaba contemplando.

La cámara exterior de televisión debía estar situada en un punto desde el que no habían llegado las consecuencias de las explosiones, y encuadraba ampliamente todo el campo de batalla, atrayendo la atención de Rilke hasta tal punto que se olvidó por completo de la crítica situación en que se hallabay, sin poderlo evitar, se aproximó al grupo que presenciaba el encarnizado combate.

Vio con toda claridad, como si de una proyección cinematográfica se tratase, numerosos grupos de hombres surgiendo de entre las ruinas en dirección a una escuadra de poderosos artefactos terrestres, muy similares a los blindados tanques que él conocía.

Uno de éstos se dio cuenta de la presencia humana y por un cañón que tenía, en unos de sus costados salió un chispazo, cuyo proyectil estalló en el centro del pelotón, haciendo saltar los hombres por los aires como si fueran peleles, pero al mismo tiempo de otro sitio salió una lluvia de disparos que, contra lo que esperaba Rilke, no hicieron otra cosa que rebotar inofensivamente contra los metálicos costados del ingenio, que disparó de nuevo hacia el lugar de donde era atacado.

Pero esto fue aprovechado por una pareja de soldados, que portando tres tubos metálicos, cilíndricos, redondeados en los extremos, empuñando en sus manos unos conductores que salían de los primeros, se acercaron sin ser vistos al tanque, soltando contra él una lluvia de algo que le pareció, más que fuego líquido, metal fundido.

Si Rilke esperaba que el ataque se convirtiera en una llamarada, se llevó un chasco, pero no por eso dejó de sorprenderse enormemente, ya que el carro blindado, de enorme tamaño, a juzgar por la comparación de las figurillas que habían logrado acercarse a él hasta pocos metros de distancia, empezó a derretirse como si fuera de blanda cera, esparciéndose el metal por el suelo, en candentes arroyos que humearon al calcinar la tierra, convirtiéndose al instante en un enorme charco de metal ardiente.

El terrestre se quedó espantado ante la terrible potencia de aquellas armas y tembló por la suerte de su mundo. Instintivamente su corazón se puso al lado de los rebeldes, y deseó fervientemente su triunfo. Pero casi al momento, antes de que los valientes que habían logrado incendiar el tanque tuvieran tiempo de refugiarse, dos acertados disparos les convirtieron en sendas nubecillas de humo, en tanto que otros blindados continuaban disparando incesantemente, conteniendo el avance de las fuerzas rebeldes.

De repente vio una escuadrilla de veloces aparatos cayendo desde el cielo en dirección a los encaparazonados vehículos. De las proas de ésos brotaron unos rayos, envolviendo a unos rarísimos proyectiles, que si bien no pudo ver Rilke a causa de la espantosa velocidad que desarrollaban, sí en cambio pudo apreciar con toda claridad sus destructores efectos al impactar en los carros que, dándose cuenta de la mortal amenaza que se cernía sobre ellos, trataron de defenderse.

Defensa y ataque fueron simultáneos. En tanto que los carros de asalto, enormes, pesadísimos, mas a pesar de ello, moviéndose con relativa ligereza, trataban de esquivar los proyectiles que ya caían sobre ellos, de sus torretas, por numerosas bocas de fuego, brotaron incesantes chispazos de azuladaluz, que se cruzaron con las granadas térmicas que comenzaron a fundir las resistentes corazas que habían logrado resistir el poderoso choque de una bala desintegrante.

Al mismo tiempo que los tanques se convertían en informes masas de candente lava metálica, los aviones ibanse transformado en estallidos de luz que cegaban con sus resplandores cuando alcanzaba su radio de visión, atronando el espacio con la terrorífica sonoridad de sus explosiones, perfectamente captadas por los micrófonos exteriores.

En pocos segundos se destruyeron unos a otros, y de nuevo las fuerzas rebeldes iniciaron su avance, demoliendo los obstáculos que se oponían a su avance, abriéndose calles entre las montañas que formaban los restos de los edificios destruidos por el expeditivo método de desintegrar y fundir alternativamente los escombros, consiguiendo así un notorio progreso en el avance que, cuando menos lo esperaba Rilke, sufrió una repentina retención.

De la esquina de uno de los edificios que todavía se mantenía en pie, por lo menos la parte correspondiente a los primeros pisos, salió media docena de hombres arrastrando a brazo algo que a Rilke le pareció una pieza de artillería antigua, pero con cuatro cañones de calibre mediano, en lugar de uno sólo, y que emplazaron en un santiamén en dirección a las tropas rebeldes que continuaban su avance y que no parecían haberse dado cuenta de la nueva amenaza

que flotaba sobre ellos.

Myra se dio cuenta de que el terrestre estaba asu lado, contemplando anhelosamente la batalla, y se volvió hacia él, sonriéndole:

—Interesante, ¿verdad? Ahora verás cómo mis leales aplastan a esos atrevidos que han osado levantarse contra mi autoridad.

Los servidores de la pieza, igualmente provistos de trajes anti radiación, colocaron encima de cada cañón una especie de cargador, también cilíndrico, pero de tamaño relativamente reducido, e inmediatamente empezaron a hacer fuego.

Alternativamente, pero en rapidísima sucesión, de las cuatro bocas de fuego comenzaron a brotar llamaradas rojizas, sin el menor humo, despidiendo en pocos momentos centenares de proyectiles que comenzaron a sembrar la muerte y la desolación en las filas de los sublevados que empezaron a desperdigarse, huyendo de los mortíferos efectos de aquella nueva arma, cuyas granadas estallaban, sin solución de continuidad, al contactar con el suelo, levantando negros surtidores de humo, tras el chispazo de la explosión, surtidores en los que eran absorbidos centenares de cuerpos, cuyos desgarrados miembros se esparcían por el aire, en tanto que un continuo tableteo, como el de un continuado trueno, haciendo trepidar levemente las paredes del subterráneo, llegaba a los oídos del terrestre, que estaba sobrecogido de pavor ante los espantosos destrozos que producía aquel cañón cuádruple, de tan poco tamaño para su terrorífica potencia de fuego.

En un par de minutos agotaron sus servidores la carga, disponiéndose a renovarla, pero en aquel mismo momento, la muerte más espantosa llegó sobre ellos.

Parecía imposible que nadie hubiera podido salir vivo de aquel infierno de fuego y metralla, pero tres o cuatro hombres surgieron de la densa humareda, y sus armas portátiles despidieron concentrados rayos de energía que fulminaron a los artilleros, alcanzando la pieza y las reservas de municiones, que volaron en un estruendosísimo castillo de fuegos artificiales, concluyendo de destruir el edificio que se mantenía a medias en pie, desplomándose sus muros en medio de tremendas nubes de polvo.

Cuando recobró el habla Rilke se dirigió a la mujer:

—Ese cañón no dispara proyectiles desintegrantes. ¿Por qué?

—A corta distancia resultan muy útiles las armas antiguas,

terrestres. A las de combustión química y expansión molecular simple me refiero. Pero nosotros usamos una pólvora, como vosotros la llamáis, de concentrados efectos y alto poder explosivo, lo mismo en las cargas de impulsión, que en las de las granadas. El resultado ya lo has podido ver —le respondió ella, satisfecha.

—¿Sí? —dijo sarcásticamente Rilke—. Me parece que todavía queda alguno vivo y pueden darte un disgusto, vampiresa.

Frunció ella el adorable hociquito al darse cuenta de que de aquel cúmulo de destrucción todavía continuaban saliendo hombres, al parecer ilesos y quecontinuaban su avance, pero pronto sonrió alegremente:

—Mira. Ahí concluye la rebelión.

A pesar de que habían salido vivos bastantes rebeldes, de pronto, como si surgieran debajo de las piedras, centenares y más centenares de hombres hicieron su aparición, rodeando a los supervivientes de la espantosa batalla, disparando encarnizadamente contra ellos, despreciando su reacción, así como las bajas que sufrían.

Durante un cuarto de hora, unos y otros se combatieron furiosamente, sin desperdiciar ni un solo tiro, desintegrándose un hombre cada vez que era alcanzado, pero al fin la fuerza del número se hizo patente y las fuerzas sublevadas comenzaron a esfumarse, a causa del elevadísimo número de bajas que sufrían, por la inferior proporción, de diez a uno al menos, en que se hallaban con respecto a los leales.

Todo acabó cuando una docena de rebeldes, descorazonados, arrojaron las armas, alzando sus manos en el universal gesto de rendición, pero no hubo piedad con ellos.

Rápidamente, las tropas leales se arrojaron sobre ellos, reduciéndolos a la impotencia, y colocándolos de espalda contra un muro que, aunque agrietado, tenía un relativo buen aspecto.

Rilke se dio cuenta de lo que iba a ocurrir y protestó enérgicamente:

—¡Eso no se hace! ¡A los prisioneros se les respeta la vida!

—No a los que han osado levantarse contra la autoridad de nuestra reina —le contestó uno de los hombres que estaban al lado de ella y cuyo aspecto físico no gustó ni poco ni mucho a Rilke.

—Estoy seguro de que, sean cuales sean las ideas de esos

hombres, no han luchado por su voluntad y en todo caso por impedir un disparate como el que pensáis hacer al invadir nuestro planeta.

—No olvides que tú eres otro prisionero y que pudieras correr la misma suerte —le contestó el otro suavemente, pero en ominoso tono.

Rilke no se pudo contener más. Su puño derecho se disparó imparablemente, entrando en contacto con la mandíbula de su interlocutor que, poniendo los ojos en blanco, cayó como un trapo mojado al sudo. No se preocupó de él. Estaba seguro de que tenía «sueño» para rato. E instintivamente sus ojos se volvieron hacia la pantalla.

Delante de cada prisionero, alguno de los cuales, valiente, queriendo ver la muerte que le iba a llegar cara a cara, y no a través del cristal de cuarzo aislante, se habían quitado la escafandra, se colocaron otros tantos soldados que, a una orden del jefe del pelotón de ejecución, se echaron las armas a la cara.

Vibró el aire con la descarga y una docena de bolas de humo que se disiparon lentamente señalaron el paso a la eternidad de otros tantos hombres que murieron sin un gesto de cobardía, sin una palabra de súplica, Rilke apretó los puños, pero no podía hacer nada. Sentía en su nuca clavadas las miradas de Anthor,

Myra se volvió hacia él, sonriendo plácidamente:

—Ahora contigo, terrestre.

Hizo un leve ademán con la mano:

—¡Dejadnos solos a los dos!

—Podría hacerte daño, mi señora —se adelantó alguien, pero ella sin quitar sus ojos de los de Rilke, contestó con un extraño acento en la voz:

—No lo creo. En la Tierra los hombres son unos caballeros. ¿No es así? ¡Marchaos!

Capítulo IX

—A veces el ser un caballero conduce a la estupidez —masculló Rilke cuando, obedeciendo las indicaciones de Myra, se sentó al lado de ella, reconociendo, no obstante, su maravillosa belleza y sintiéndose un tanto turbado al inhalar el embriagador perfume que se escapaba de la cálida y subyugadora proximidad de su adorable cuerpo.

—¿Crees realmente ser un estúpido? —preguntó ella maliciosamente, mirándole a través de las espesas y larguísimas pestañas que ondularon como las doradas mieses al soplo de la brisa del verano.

Rilke se rascó la cabeza antes de replicar. Para disimular su turbación encendió un cigarrillo y luego dijo:

—En realidad lo estoy siendo. Me encuentro a tu lado, charlando tranquilamente, cuando lo que debiera hacer es cogerte del cuello con las manos y apretar hasta quitarte la vida.

—Y ¿por qué no lo haces? —preguntó ella, incitante.

—No podría —contestó él, tras unos momentos de vacilación—. Pero ten en cuenta que, si pudiera hacerlo, te entregaría a las autoridades de mi país para que respondieras de todos tus crímenes.

—¿Crímenes? —una chispa de indignación brotó de los labios de ella. —. ¿Llamas crímenes a las consecuencias naturales de toda conquista por la fuerza de las armas?

—¿Qué es lo que hemos hecho nosotros para que trates de conquistarnos? ¿Acaso te hemos provocado? Si ni siquiera sabíamos de vuestra existencia.

Se envaró ella al replicar:

—Hemos tratado de conquistaros, y acabaremos haciéndolo, porque así lo exige la tradición de nuestro mundo.

—¿Qué tradición? —se burló él—. ¿Una tradición de muerte y destrucción? ¿Una tradición basada en la sangre de los millones de víctimas que estáis dispuestos a inmolar en el ara de vuestra ciega e irrefrenada ambición?

—La tradición de Gloria —continuó Myra imperturbable—, exige

que todo planeta habitado se someta a nuestro dominio. De grado o por la fuerza.

—Conque por las buenas o por las malas, ¿eh? —dijo irónicamente Rilke—. ¿Habéis intentado siquiera consultamos acerca de la opinión que podríamos formamos acerca de vuestras pretensiones? No. Nadade eso. En lugar de obrar como digo, enviasteis a uno de vuestros sabios, allá por los finales de nuestro siglo XX, en un artefacto de los vuestros y, so capa de mejorar nuestra condición de vida, lo único que hizo fue construir millones de hubots, esclavos mecánicos con apariencia de vida, que han empezado a destruir a los que hasta hace poco creían ser sus dueños, con el fin de allanaros el camino.

—Suponíamos que vosotros no os dejaríais conquistar. Nuestros estudios nos decían que erais de carácter independiente —se defendió ella.

—Y ¿qué es lo que ganabas con tener un mundo más bajo la suela de tu sandalia? —ella se miró instintivamente al punto indicado, haciendo que Rilke no pudiera contener una sonrisa, tras de lo cual continuó—: ¿Más poder? ¿Más gloria?

La mujer se sonrojó y Rilke comprendió intuitivamente que ganaba terreno. Si lograse convencerla por medio de la dialéctica… Pero lo consideraba dificilísimo. Ella tenía razón. Eran millares de años los que habían transcurrido para aquella raza, diciéndole cada uno de los transcurridos que todo planeta habitado tenía que someterse como súbdito o tributario, y es difícil desarraigar unos sentimientos con los cuales prácticamente habían sido destetados. Una especie de «Herrenvolk[1]» de los espacios intergalácticos.

Sonriendo para sus adentros, fumando plácidamente, Rilke vio cómo su femenino y hermoso antagonista se levantaba, cruzando los brazos y paseándose nerviosamente por la estancia. No poseía el don de la lectura del pensamiento, por lo que no pudo penetrar en las interioridades del cerebro de Myra que, ante el ataque verbal del terrestre, había sentido de nuevo surgir ante sí las mismas vacilaciones que cuando antes le hablara Iddah.

Tenía razón éste, dijo Myra, abstraída en sus pensamientos. Ella se había visto seducida por la idea de conquistar un mundo nuevo que añadir a su sistema, de la cual era absoluta dueña y señora, sin reparar en las terribles consecuencias que podría traer para millones de seres que ni siquiera conocían su existencia. Gobernaba con poder total sobre una veintena de astros, cuyos habitantes la rendían pleitesía,

demostrando en las fiestas tributarias que se celebraban periódicamente, bien que ella, para atraérselos más y más y suavizar la carga que pesaba sobre los hombros de sus súbditos, hubiera rebajado notablemente los duros impuestos que impusiera su padre al ganarlos para su reino, todo lo cual había hecho olvidar en buena parte las cruentas guerras interplanetarias sostenidas hacía una infinidad de años. Pero al mismo tiempo se había dejado seducir por los consejos de Falmorr y sus secuaces, cuando la persuadieron a concluir la obra que Mahha, su padre, no pudiera concluir al morir prematuramente. La posesión de aquel planeta, situando más allá de los confines del sistema al cual pertenecían ellos y que, según Falmorr, iba a constituir un hito de gloria en su reinado, falto de una hazaña guerrera similar.

Vaciló, dándose cuenta con el rabillo del ojo de que el terrestre parecía muy complacido con sus luchas internas y se mordió los labios nerviosamente. Pero no en vano el atavismo en su pecho, por lo que, al cabo de unos momentos, respondió:

—Vete a descansar, terrestre. Necesito pensar y estar sola.

Rilke se levantó, felicitándose por la brecha que notaba abierta en la fortaleza enemiga, pero no insistió:

—¿Dónde debo ir? —se limitó a preguntar:

—¡Ah! Me había olvidado de ello —contestó Myra, todavía con la mente alejada del lugar en que se encontraba, y se acercó a una mesa, en la que había un zumbador que oprimió.

Se abrió al instante la puerta y el oficial que antes golpeara a Rilke penetró, saludando respetuosamente. Myra le habló en su idioma y el otro volvió a inclinarse, dirigiéndose después hacia él:

—¡Sígueme! —le dijo:

—Pero ¿es que aquí todo el mundo sabe hablar inglés? —inquirió atónito Rilke cuando ya se hallaban en el corredor, emparejándose con el oficial.

Este lo miró orgullosamente:

—Aquí todos los guerreros hemos estudiado cuando menos un idioma de los vuestros. Además del tuyo, sé el español y el alemán. Debemos estar prevenidos para cuando llegue la hora de destruir vuestro planeta y reduciros a la condición de esclavos nuestros.

Esto se lo dijo cuando se detuvieron ante unapuerta, que abrió no

sin que Rilke le mirara con harta ironía en la expresión y en las palabras:

—Me parece que si alguien limpia a alguien los zapatos, ése serás tú. Y los zapatos serán los míos—se inclinó hacia él, desafiador, pero el otro se limitó a encogerse de hombros, al mismo tiempo que le decía:

—Debes permanecer aquí hasta que seas llamado. Un hombre estará constantemente de guardia y tiene la orden de disparar si intentas evadirte.

—Será mejor que le pongas una cama. Así no perderá el tiempo y podrá dormir tranquilamente. Como yo —cerró tras sí la puerta, sin poder contener un fenomenal bostezo.

No le parecía haber dormido una hora cuando el ruido de alguien que trasteaba en la habitación e despertó. Se incorporó sobre un codo y el servidor le sonrió, indicándole el somero desayuno, ante cuya vista torció el gesto Rilke, exclamando para su capote:

—Cambiaría todo eso ahora mismo por una taza de café — rezongó.

Aquel sirviente era una joya. Después del baño, lo masajeó hábilmente, con lo que los dolores de los golpes del día anterior le desaparecieron totalmente. En un santiamén le dejó el rostro libre del vello que le había crecido, con solamente pasarle una especie de pasta que dejó una notable sensación de frescura y alivio. Luego le entregó ropajes limpios y cuando estuvo listo, murmuró:

—Mi señora te espera, terrestre.

—Vamos allá —contestó Rilke satisfecho, encendiendo un cigarrillo, lo cual no dejó de provocar un movimiento de sorpresa en el servidor, que se echó a un lado respetuosamente para que pasara él.

Pero si el día anterior Myra estaba hermosísima, ahora, en la esplendidez de su bárbaro atavío de corte, estaba realmente resplandeciente. Rilke pensó que apenas habría en la Tierra dinero con que pagar aquellos enormes brillantes que pendían de su cuello, las esmeraldas y rubíes que ceñían la alta corona, unidas por el oro imprescindible para su engarce, lo cual formaba un impresionante conjunto de centelleantes reflejos que herían la vista, obligando a entrecerrar en ocasiones los párpados para evitar el deslumbramiento. Un enorme pectoral del mismo tipo ceñía el esbelto seno de la mujer, completando su atavío varias anchas pulseras, incrustadas asimismo

de gigantescas piedras preciosas de tamaños como él nunca había visto.

Pero si esto le dejó atónito, asombrado, las palabras que ella pronunció, sin mirar siquiera a sus consejeros que tenía en semicírculo a ambos lados del asiento que ocupaba, todavía le dejaron más estupefacto si ello era posible.

—Terrestre, hemos decidido suspender nuestra invasión sobre la Tierra y nombrarte nuestro embajador allí. Daremos todas las explicaciones por los daños y muertes que os hemos causado, indemnizando largamente a los perjudicados.

Los consejeros, a la cabeza de los cuales se hallaba Falmorr, no pudieron contener un movimiento de sorpresa al escuchar las palabras de su reina, puestoque habían creído que habían sido reunidos allí con objeto de escuchar la orden que les habría de lanzar a los espacios para invadir aquel planeta, y el principal de ellos, Falmorr, se adelantó un paso, gritando:

—Tú no puedes hacer eso, Myra. Traicionas nuestro mundo al hablar así. Ofendes la memoria de tus antepasados al ofrecer la paz a un mundo que puedes conquistar con toda facilidad.

—¡Silencio, Falmorr! —replicó ella autoritariamente—. Olvidas que yo soy aquí la reina y que mi palabra es la ley. He pasado la noche en vela pensando, y he llegado a la conclusión de que es mejor tener un mundo de amigos que no un planeta de esclavos.

—Tienes derecho a ello —volvió a hablar excitadísimo Falmorr—. Tú mandas sobre todos los seres que existen.

Eran suaves las palabras con que ella le contestó:

—Olvidas, Falmorr, que me atraje la voluntad de los veinte planetas que me obedecen buscando su amistad, y sabes de sobra que la conseguí en contra de tu opinión y de la serie de medidas drásticas que tú propusiste. Quiero obtener el mismo resultado con los habitantes de la Tierra.

—¡Basta ya! —clamóFalmorr, —Para mí has dejado ya de ser mi reina —se volvió hacia los otros, mirándolos con ojos centelleantes de ira y odio—. Si sois leales a la memoria de nuestros grandes reyes, espero que me sigáis.

La mayoría de los consejeros obedecieron, sugestionados, a Falmorr, abandonando el salón en medio de un enorme griterío.

Solamente dos o tres se quedaron al lado de la reina, quien, levantándose, descendió las gradas del trono acercándose a Rilke, que todavía no acababa de creer en tan venturosa realidad y pensaba que en cualquier momento podía despertarse.

—¿Estás satisfecho? —preguntó ella dulcemente.

Por toda respuesta, él se inclinó, mirándola luegoa los ojos:

—¿Por qué has hecho esto, Myra?

Se turbó ella al contestar:

—Di mejor por quién —susurró con voz que apenas se oyó.

En un incontenido movimiento, Rilke la tomó de las manos, pero antes de que pudiera hablar, fue violentamente interrumpida:

—¡Ahí los tenéis! ¡Hacedlos prisioneros! ¡Todos son unos traidores!

Falmorr había entrado capitaneando una turba de soldados, los cuales debían ser ciegos partidarios suyos, que no concebían la vida sin la guerra, pero Myra fue rápida en reaccionar, cogiendo de la mano a Rilke y levantándose con la otra la larga falda, echó a correr, diciendo:

—¡Ven conmigo! ¡Por aquí!

Hábilmente aprovechó ella el movimiento de estupefacción de los soldados, que no se atrevieron a disparar contra su reina, la cual, con Rilke, tomando algo al pasar que le entregó, se ocultó detrás del elevado sitial que era el trono, apretando un resorte.

Inmediatamente sintió Rilke que el suelo le fallaba bajo los pies, pero se tranquilizó al darse cuenta de que era un ascensor lo que tenía bajo ellos y, cuando llegaron al suelo, la plancha ascendió rápidamente sin que pudieran evitarlo sus perseguidores. Luego, a través de la obscuridad le preguntó él:

—¿Cómo se te ha ocurrido traerme mi pistola ametralladora?

—Mandé ayer traer cuantas cosas pudieran de tu aparato —contestó ella—. Esto acabó de convencerme aparte de… —calló turbada, y Rilke sintió un íntimo regocijo, completamente personal, en el interior de su pecho, oprimiendo con más fuerza la delicada manecita.

—Vamos —apremió ella—. Tenemos que llegar cuanto antes a determinado lugar.

Acercándose a la pared, oprimió un interruptor, y un estrecho pasillo que se perdía a lo lejos quedó brillantemente iluminado. Myra volvió a tocar otro botón, e inmediatamente el suelo comenzó a deslizarse con movimiento continuamente acelerado, lo cual le hizo preguntar a Rilke, admirado:

—¿Que pasadizo es éste, tan secreto?

—Sólo lo sabía yo. Mi padre me lo confió así que tuve la edad suficiente. Y sólo lo sabrá mi heredero… si algún día lo tengo.

Rilke tuvo la sensación de que ella lo había mirado de reojo, pero se abstuvo de corresponder. Estaba demasiado intrigado para ello y, al cabo de un rato, la cinta deslizante se detuvo al pie de una escalera por la que ascendieron.

De nuevo Myra, al concluir la ascensión, volvió a tocar otro resorte, y un trozo de pared se descubrió, dejando ver un aparato especial en el centro de un amplio patio.

—Es mi astronave personal —le aclaró ella—. Voy a devolverte a tu patria.

Corrieron hacia allí, pero en el momento en que estaban a punto de alcanzarla, un tropel de soldados apareció súbitamente, vomitados por una puerta que se había abierto en la pared opuesta, a unos cien metros de distancia, encabezados por Falmorr, del que, si no se escuchaban sus voces, sí se veían con toda claridad sus signos, encaminados a hacer apresar a los fugitivos.

—Pon en marcha el aparato —Rilke dio por sentado que ella ya sabía pilotearlo.

—¿Y tú? —preguntó ella angustiada, con un pie en la escalerilla de acceso.

Rilke la sonrió y en sus palabras había un tono de buen humor:

—¡Voy a disolver esa manifestación de protesta!—y dicho esto se arrodilló, echándose su pistola ametralladora a la cara.

Un gemido profundo, como el de un gigantesco violón, resonó en la amplitud del patio, cuando la boca del arma comenzó a detonar, soltando un chorro de balas de alto poder explosivo, que reventaron en medio del grupo de soldados, destrozando los cuerpos, cuyos

miembros fragmentados, sangrientos, subieron a lo alto, entre las muecas de satisfacción de Rilke, que vio complacido cómo Falmorr era derribado violentamente a un lado, quedando exánime, en tanto que los hombres que habían salido ilesos y que no habían disparado por no herirlos, siguiendo las indicaciones de su jefe, que los quería vivos, se esparcían, procurando presentar el menor blanco posible.

Milagrosamente salió ileso Rilke de los disparos que le hicieron, quien dio gracias de que sus enemigos estuvieran armados con pistolas de combustión química, en lugar de las enérgicas, y soportó, tras el refugio de la astronave, cuyas toberas ya empezaban a dejar escapar candentes chorros de verdosos gases, el diluvio de balas, en tanto que, un poco al buen tuntún, replicó hasta que notó el ¡click! indicador de que sus municiones se habían agotado.

Sus enemigos se dieron cuenta de que se había quedado inerme, y lanzando atronadores gritos de júbilo, se lanzaron sobre él, alcanzándole en un santiamén; pero Rilke, en tanto que trepaba por la escalera al aparato, se deshizo de los más próximos, agitando con una sola mano, en violentos movimientos, su pistola, derribando los más cercanos como si fueran muñecos.

Des fueron más audaces que los demás y llegaron hasta el mismo borde de la abierta escotilla. Se deshizo de uno de un brutal puntapié que le destrozó la mandíbula, derribándolo inconsciente al suelo, y el otro cayó cuando recibió en pleno rostro el arma, arrojada por el terrestre con inconcebible violencia. De un salto, concluyó Rilke de colarse en el interior, soltando una carcajada de triunfo cuando, tras cerrar la portezuela, notó que era sacudida en vano porlos impactos de las balas que estallaban inofensivamente contra la dura coraza, y luego voló hacia el puesto de mando al cual se hallaba ya sentada Myra, despojada en buena parte de sus joyas, que entonces no le constituían otra cosa que un estorbo.

—¿Estás bien? —le preguntó ansiosa.

—Sí. Gracias. Cuando quieras —le dijo, en tanto que se ataba al mullido sillón, y quedándose inmediatamente sin aliento ante la brusca arrancada de la espacionave.

Pero cuando ya se encontraban a muchos millones de Gloria, cuando ya habían pasado al exíespacio, viajando casi a la velocidad de la luz, una exclamación de Myra le hizo dar un bote en su asiento:

—¡Falmorr nos persigue!

Capítulo X

—¡Atención, Londres! ¡Atención, Berlín! ¡Atención, París! ¡Atención, Roma! ¡Atención, Madrid! ¡Atención todos los habitantes de las ciudades que acabo de nombrar! Dirigíos en el mayor orden a los refugios señalados de antemano. ¡Atención, atención! ¡Disciplina, disciplina! Obedeced las órdenes de los jefes de la Defensa Pasiva. Hay tiempo más que suficiente para llegar a los refugios antiatómicos. Las bombas volantes que han salido de las madrigueras de la Unión Euroasiática, en los Urales, tardarán todavía tres cuartos de hora en estallar sobre vuestras ciudades. Abandonar todos vuestros trabajos, vuestros enseres, todo. ¡La vida es lo más importante...!

El teniente general Jiménez cerró con mano brusca el contacto y la cara del locutor desapareció de la pantalla televisora, encarándose con el grupo de senadores de la Federación Occidental, sentados en torno suyo, a trescientos metros bajo tierra, cuyos rostros expresaban la gravedad del momento.

—Esos misteriosos seres de otro planeta lo han sabido hacer bien. Nos han lanzado, con un simple asesinato, el del general Ziruwian, a una guerra de medio mundo contra otro medio, y cuando desembarquen aquí... —Se estremeció el general, gruñendo—: ¡No quiero ni pensarlo!

—¿Todavía sigue usted pensando en que es obra de los hubots todo lo que ocurre? —interrogó el senador Schaer.

—¿Y lo duda, después de haber presenciado la serie de combates que han reducido nuestros efectivos a menos de la mitad? Nuestra única esperanza queda en el ejército español, cuando las hordas euroasiáticas comiencen su inapelable avance sobre las llanuras europeas. Fueron los únicos que lo supieron hacer y, fuera de servidores personales, que han sido fácilmente eliminados, es el único país donde no reina el más espantoso de los desórdenes.

—¿Qué medidas se han tomado para contrarrestar sus ataques, general? —le interpeló Lesaillac.

—En el momento en que nuestros detectores nos advirtieron que varias bombas volantes habían salidode las rampas de lanzamiento enemigo, enviamos otras tantas nuestras provistas de «ojo electrónico» que les destruirá en ruta.

—Y ¿por qué no se han lanzado esas bombas nuestras sobre sus ciudades? ¿Qué escrúpulos sentimos nosotros que no sienten ellos? —

Las dos preguntas eran de Alzama.

—Nosotros sabemos que esta guerra está provocada por agentes extra planetarios y tenemos la confianza de que lograremos convencerlos de esta manera que somos inocentes de la muerte de su presidente—respondió Jiménez.

—¡Hum! No me fío mucho de eso. En su lugar, yo... —pero el senador Alzama no tuvo tiempo de decir lo que hubiera hecho, porque una luz titiló en el cuadro de transmisiones y el general se abalanzó sobre el control correspondiente.

Las noticias que oyeron a continuación les dejaron sin aliento:

—Nuestras bombas han sido destruidas en pleno vuelo, antes de alcanzar las enemigas.

—¿Cómo han conseguido eso? —rugió el general fuera de sí.

—Según parece, nuestros observadores a larga distancia, provistos de cámaras telescópicas, apreciaron que de las bombas enemigas se desprendieron otras más pequeñas que se dirigieron contra las nuestras, a las que alcanzaron, haciéndolas estallar en pleno vuelo. Los proyectiles dirigidos continúan imperturbables su trayectoria —contestó el en esta ocasión invisible locutor.

El general Jiménez dijo algo intranscribible y que, a pesar de la situación tan apurada en que se hallaban, puso coloradas las orejas del grupo de senadores y, al fin, se volvió a éstos:

—Ustedes forman la Comisión de Defensa de la Federación. Necesito su autorización para ordenar la efectividad del Plan Dos.

Un murmullo de voces se oyó a continuación, indicador de que los senadores se consultaban unos a otros, antes de tomar una decisión de tan excepcional importancia, hasta que, al fin, uno de ellos tomó la palabra, poniéndose en pie:

—General, dé la orden. Sabemos que ésta acarreará la destrucción y la muerte, pero sabernos también que nuestra conciencia está tranquila, porque hemos hecho todo lo posible para convencer a los miembros de la Unión Euroasiática que somos inocentes por completo de la muerte de su presidente.

—Está bien señores. —El tono de Jiménez era grave, pero firme y decidido. Se volvió hacia el transmisor, diciendo—. Póngame con el mando de las Bases Veinte y Veintiuna.

Tambaleó impaciente con los dedos, contestando mecánicamente a una pregunta, sin girarse siquiera:

—No. No nos interceptarán la comunicación. Usamos una microonda de una milésima de milímetro, transmitida por aparatos especiales, para los cuales, hasta ahora, no hay interferencia posible. Gracias —dijo cuando le anunciaron que la transmisión estaba lista—. ¿Comandante de Base Veinte? ¿Comandante de Base Veintiuna? ¿Sí? Usen el Plan Dos, Guardenel trozo de hilo con la orden grabada como comprobante, Y no pierdan un segundo.

A miles de kilómetros de Washington, en las estribaciones más abruptas de los Pirineos españoles, lienzos enteros de montaña se descorrieron a un lado, dejando ver la entrada de negros huecos, cuya oscuridad se vio disipada un instante por el fogonazo de los gases en ignición de las bombas volantes que acababan de ser lanzadas y que desaparecieron con velocidad fulmínea en la estratosfera, tras conmover las capas inferiores de la atmósfera con un poderoso aunque brevísimo rugido, en tanto que en los graforradares señalados para cada una de ellas se podía seguir perfectamente el rectilíneo rumbo hasta 30.000 metros, luego una leve vacilación hasta que el cerebro electrónico de la cabeza conductora tomaba su rumbo definitivo, y después la raya que dejaba la trayectoria en la película se volvía a tornar completamente recta. Los trozos de pared montañosa sembrados de pinos y especies arbóreas propias de la montaña se cerraron, quedando el paisaje a continuación como si no hubiera ocurrido nada.

El tiempo continuó transcurriendo en la habitación subterránea, en tanto que el silencio expectante era únicamente roto por el leve tictac del reloj que había en una pared y que los ojos de los presentes consultaban constantemente,

—La primera bomba ya ha tenido que estallar sobre Berlín —masculló alguien.

Esperaron noticias. Cinco minutos más trascurrieron sin que llegase ninguna comunicación exterior.

Alguien rompió a reír nerviosamente —Lesaillac —cuando Schaer dijo en tono lúgubre:

—París acaba de ser destruido.

—Roma le sigue —murmuró otro, mordiéndose los puños.

Diez minutos más de absoluto silencio, durante el cual se podía

mascar la tensión existente, pasaron, y de repente, haciendo brincar los nervios de todos, una voz se dejó oír. Sus tonos eran tremendamente excitados:

—¡Atención! ¡Atención! todas las bombas volantes enemigas han sido destruidas antes de alcanzar sus objetivos.

Se miraron unos a otros, extrañados, sorprendidos, pero alegres, mas la voz continuó hablando:

—Nuestros proyectiles dirigidos han sido también misteriosamente destruidos antes de salvar la frontera de la Unión Euroasiática. Ninguna de las bombas, propias o enemigas, ha hecho explosión a alturas que pudieran ser perjudiciales, pues la más próxima, que era la destinada a Berlín, ha reventado a trescientos kilómetros de esta capital.

—¿Qué mil diablos habrá pasado? ¿Quién habrá detenido estos artefactos? —exclamó el general—. Los enemigos no han sido, porque sus bombas han sido también destruidas. En nombre de Dios, ¿quién? ¿QUIÉN? —y la voz de Jiménez era un grito de intenso patetismo.

Se lo hubiera explicado de hallarse a bordo de cierta nave, cuyos costados mostraban grandes desperfectos y en la que viajaban un hombre y una mujer, ambos de distintos mundos, pero amándose ya a pesar del escaso tiempo que hacía que se conocían, como la primera pareja que hubo cuando la luz se hizo.

Dura había sido la prueba por que pasaron Myra y Rilke. Todavía se hallaban a pocos millones de kilómetros de Gloria, viajando ya en el exiaespacio, cuando los detectores de a bordo captaron las señales emitidas por varias naves que les perseguían. Myra había exclamado:

—¡Falmorr nos persigue!

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Rilke.

—Podemos alejarnos de él. Mi aparato posee una velocidad superior en un cincuenta por ciento a la de los que nos persiguen. Fue especialmente proyectado a mis instancias y no se duplicó.

—¡Espera! Si nos alejamos de Falmorr, volverá a Gloria y se adueñará de tu trono. Cuando consiga esto, volverá a las andadas, es decir, a intentar la invasión de la Tierra. No me conviene esto.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió ella.

—Destruir su nave, claro está —replicó audazmente Rilke—.

Eliminándole a él, haremos desaparecer su amenaza. ¿Qué armas tienes a bordo, Myra?

Se lo dijo ésta con breves, pero jugosas explicaciones, concluyendo:

—En realidad estas palanquitas son los disparadores. Todos los proyectiles tienen para que lo entiendas en tu idioma, conocimiento, y una vez disparados buscan derechamente, su objetivo, sin que nada ni nadie pueda desviarlos. No tienes más que centrar laimagen de su astronave en este cuadrante y, cuando ese momento llega, disparas.

—¿Cómo observaremos los efectos del proyectil?

—En la pantalla televisora que hay encima, provista de un potente telescopio.

—No os priváis de nada —replicó él, de buen humor—. Gobierna hacia allí, Myra. Vamos a calentarle los bigotes a ese fantasmón.

—¿Calentarle los bigotes? ¿Fantasmón? —abrió ella mucho sus bellísimos ojos, atónita ante las pintorescas frases de Rilke.

—Ya te lo explicaré cuando haya tiempo. Vamos allá.

Rilke se hallaba sentado en su sillón, con la vista fija, ora en la pantalla, ora en el visor de puntería, y de repente soltó una exclamación:

—¡Ahí están! —pero inmediatamente atrajo su atención un grito de Myra.

—¡Cuidado! ¡Ellos nos han visto ya! ¡Los interruptores de la izquierda!

La mano correspondiente de Rilke voló hacia los botones señalados, oprimiéndolos nerviosamente, haciendo que por un costado de la aeronave brotaran unos haces de llamas azuladas, despidiendo ígneas bolas de fuego que caminaron muy poco. Se había retrasado demasiado en el disparo y, aunque los proyectiles enemigos fueron reventados, estallaron demasiado cerca, alcanzando con sus efectos a la astronave, que fue zarandeada brutalmente, ahogando casi a sus dos ocupantes, que se recuperaron al recobrar el vehículo espacial su marcha normal.

—¡Ahora los otros! —le indicó Myra.

Salvado aquel momento, la muchacha aprovechó el instante en

que, alejados de la nave de Falmorr por su superior velocidad, habían logrado esquivar una segunda descarga de éste, devolviendo el golpe con una serie de granadas dirigidas que volaron en línea recta hacia el enemigo, que logró detenerlas haciéndolas estallar a pocos millares de metros de distancia. En el teleobjetivo se pudo apreciar claramente los espantosos tumbos que dio la astronave de Falmorr antes de recuperar su marcha habitual.

—¡Están tocados ya! —exclamó alegremente Myra.

—¡Duro con ellos! ¡Ponte a su cola!

Como un rayo vengador, el aparato viró en una curva de inmenso radio, colocándose, como había dicho Rilke, en la estela del otro, que, dándose cuenta de la mortal amenaza que tenía encima, zigzagueó de un modo espantoso, tratando de huirles, pero todo fue en vano.

El cohete de Myra lo siguió implacablemente, haciendo estallar uno tras otro los proyectiles que le enviaba, haciéndole agotar sus municiones deliberadamente, hasta que...

—¡Ya están inermes! —exclamó Myra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó atónico Rilke.

Ella le indicó un aparato que había sobre sus cabezas.

—Ese detector me lo ha indicado. Han gastado todos sus proyectiles y ahora no les queda otra solución que la huida.

Rilke no se entretuvo en considerar las maravillas mecánicas de la nave en que viajaba. No deseaba otra cosa que eliminar la mortal amenaza que pesaba sobre su planeta y exclamó:

—¡Ahora es la mía! —y oprimió uno de los disparadores.

Un hilo de luz se estableció en el espacio. Un hilo delgadísimo, recto, que navegó a velocidades inconmensurables, siguiendo las desesperadas evoluciones del aparato de Falmorr, hasta entrar en contacto con él. Y cuando esto ocurrió, un círculo enorme de luz blanco azulado brilló un segundo en el espacio, desapareciendo a continuación y con él todos cuantos iban a bordo de la astronave.

Rilke no tuvo tiempo, sin embargo, de celebrar su victoria. En la pantalla telescópica se reflejaron las imágenes de tres o cuatro aparatos más, que se les aproximaban en cerrada formación. Su mano fue en busca de los disparadores, pero sintió, al mismo tiempo que una voz hablaba en aquel extraño idioma, la presión de la de Myra,

que le detuvo, moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

—¡No! Se han dado cuenta de que son más débiles que nosotros y me dicen que se rinden.

—¡Hum! ¿Qué piensas hacer con ellos?

—Aguarda un momento —y el rostro de la mujer se volvió hacia el transmisor, dando unas órdenes, que, a juzgar por la prisa en que se dieron las espacionaves en cumplirlas, virando de bordo, fueron obedecidas sin discusión alguna.

—La invasión de tu planeta está detenida, Rilke.

—Gracias —también su tono era claro, firme—. Todos te lo agradeceremos mientras que nuestros ojos sean capaces de ver la luz del Sol. Y, ahora, ¡rumbo a la Tierra!

Pero cuando salieron del exiespacio al espacio normal, de tres dimensiones, una tremenda sorpresa les esperaba, sobre todo a Rilke, que captó las emisiones de alarma.

—Tranquilízate —le dijo ella—. Yo tuve la culpa, bien que en buena parte de mis acciones hubiera influido nuestra peculiar idiosincrasia guerrera, y yo desharé este entuerto. ¿No se dice así?

—En efecto, Pero, ¿cómo?

Pronto aparecieron en la pantalla las imágenes de las primeras bombas volantes. Otras análogas se dirigían a éstas, pero de las primeras se desgajaron unos cohetes que, tras titubear unos momentos, una vez que su «ojo electrónico» hubo captado la imagen del artefacto que tenían que destruir, se lanzaron sobre ellos, haciéndolos estallar, en tanto que los proyectiles de mayor tamaño continuaban impertérritos su camino.

Poco tiempo tardaron en ver, por otra pantalla adyacente, otra serie de bombas dirigidas.

—Éstas no van al encuentro de las primeras—murmuró la mujer.

—Ya me lo supongo. Fallido el intento de detener las enemigas que están destinadas a caer sobre las ciudades europeas, nuestro mando ha decidido devolver golpe por golpe.

—Nosotros evitaremos esa destrucción, Rilke—dijo ella, posando una mano sobre las de él.

No tardaron mucho en salir de la proa y costados de la espacionave decenas y decenas de rayos blanco azulados que llevaban en su seno la destrucción. Uno tras otro, los cohetes fueron alcanzados y estallando inofensivamente en el aire, con terroríficas explosiones, cuyos ecos fueron captados por los sensibles aparatos de a bordo. Y cuando todo se concluyó, Rilke dijo:

—Ahora, a Washington. ¿Puedes ponerme en comunicación con una emisora terrestre?

—Naturalmente que si —sonrió ella.

Todavía estaba el general Jiménez gritando excitado, cuando de súbito su comunicante le dijo:

—Mi general, el comandante Goodwin desea hablarle.

—¿Goodwin? ¿RilkeGoodwin? Pero, ¡si murió en el ataque de las tres naves extra planetarias!

—No, mi general, no. No solamente estoy vivo, sino que me traigo conmigo a la reina del planeta que quería invadirnos, la cual viene a ofrecernos toda clase de excusas, además de las correspondientes indemnizaciones por los daños que nos causaron— habló el propio Rilke.

—¡Usted es un fantasma, Rilke! ¡Usted está muerto! —chilló el general, rotos los nervios por la tensión excesiva a que habían estado sometidos en los últimos tiempos.

Luego hizo algo extraño. Se derrumbó en un sillón y pidió con débil vez un vaso de agua.

* * *

—Menos mal que pronto nos volvemos a tu mundo —le decía Rilke a Myra, al cabo de pocas semanas, durante las cuales se había zanjado todo a satisfacción de ambas partes—. Has sido la sensación de los últimos siglos.

—Sí, y si me hubiera hecho falta el dinero, no hubiera sabido qué hacerme con el que me ofrecían por mis memorias, o por intervenir como estrella en una película de fantasía científica.

—¡Ahí es nada! La protagonista nada menos que una mujer de otro mundo —rio contento el piloto—. No hubiera sido ficción, sino realidad. Menos mal que pronto descansaremos de todo este ajetreo. Creí que iba a volverme loco.

—En cambio, yo me he divertido enormemente. Aquí en la Tierra sois muy especiales. Creo que tendré que fomentar el turismo entre los súbditos de mi sistema. Lo pasarán bien —sonrió ella.

—Vendremos una vez por año —dijo él, estrechándola en brazos, pero no llegó a besarla.

La puerta se abrió y entraron en la habitación los senadores de la Comisión de Defensa y a su cabeza el general Jiménez.

—Bien, Majestad —daban a la mujer el tratamiento correspondiente a su elevada categoría—. Todo está listo ya y no nos queda sino demostraros nuestro agradecimiento.

—Soy yo quien tiene que pediros mil perdones por los daños que, en cierto punto voluntariamente,os cause —replicó ella, refugiándose en el pecho del amado.

Jiménez alzó una mano en ademán magnánimo:

—Todo está olvidado ya. Sabemos perfectamente que la mayor parte de la culpa la tiene la educación que recibisteis y que ahora ya no será guerrera, sino eminentemente pacifista. Debemos vivir en paz unos con otros los habitantes de los distintos mundos del Universo. Solamente queremos deciros que enviaremos, una vez hayamos construido espacio-naves similares a la vuestra, una embajada extraordinaria para asistir a las fiestas de... ¡ejem!... de vuestra boda con ese afortunado hombre que se llama RilkeGoodwin. Podéis partir cuando lo deseéis.

Ella se apoyó feliz en su amado, mirándolo complacida, y luego habló. Pero cuando lo hizo, el general Jiménez y sus acompañantes estuvieron a punto de caerse de espaldas:

—Mis súbditos os calentarán los bigotes con muchísimo gusto, fantasmones.

FIN

[1]Palabra alemana que significa «Pueblo de Señores».